AÑO V — BUENOS AIRES, 15 DE FEBRERO DE 1926 — N.o 212

BIBLIOTECA "F.V." S.A.

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

PATOLOGIA POLITICA

Es el cuento de nunca acabar. La última gran guerra, que según los múltiples pretextos invocados, fué conducida con toda la barbarie de la bestialidad humana, a fin de darle el golpe de gracia al imperialismo demente, está siendo semillero de todos los imperialismos, desde el liliputiense hasta el de tamaño gigantesco. El derecho de la violencia se halla ya establecido en todos los órdenes. Los *feroces* anarquistas, quienes solían manducarse los niños crudos, según fábulas burguesas, se les dejó atrás en algunas leguas de distancia. La heredera directa del espíritu guerrerista y cuartelero, que la Alemania del kaiser llevó a los dominios metafísicos, fué Francia, la republicana. A sus mariscales endiosados se les empleó como el cuco para asustar a los niños. En pocas palabras, el suelo francés se vió invadido por la peste militar, usuraria, católica, apostólica y romana, en una oleada de franca reacción. El fascismo triunfante en Italia, empezó a pisarle los talones a los imperialistas franceses, en un deseo inmoderado de transvasar las fronteras de su patria. Dejando a un lado la labor horrenda de los camisas negras en el interior de su propio país, la política internacional fascista tuvo su primer estallido en el incidente de Corfú. Mussolini, disfrazándose de Júpiter tonante, hizo oír sus gritos estentóreos entre el concierto diplomático de las naciones. Era una admonición para sus subsiguientes bravuconadas. Nadie la tuvo en cuenta. La Liga de las Naciones tuvo miedo, y dejó hacer. Inglaterra, a su vez, en la cuestión de las sublevaciones egipcias, por el asesinato del Sirdar, tomó como buen precedente la infracción italiana, y conminó al Consejo de la Liga que no se metiese en asuntos que sólo al Imperio Británico le atañía resolver.

Mussolini pudo creerse entonces libre de aullar, vociferar y ladrar internacionalmente, rotos los diques centenarios de una moralidad, aunque convencional, observada de cuando en cuando y casi siempre en casos de mutuas conveniencias.

El último discurso del jefe del gabinete, contestando a la interpelación de Farinacci, director del diario "L'Impero", sobre los asuntos del Tirol, cayó como una bomba de estruendo entre las suaves bandadas de palomas, que coaccionaban a Alemania con el fin de hacerla participar en las deliberaciones de la Liga. Lo inoportuno del golpe es lo que más provocó asombro, extrañeza, rabia, desatando las furiosas ansias de revancha.

Es así que, apagada momentáneamente la mecha del imperialismo alemán, surge la Italia fascista, al lado de Francia, con pujos insolentes de conquistador de cafres. Entre los franceses quizás se conservan aún las maneras, el *savoir faire*, mas entre los italianos, en el país del vino espumante y de la ópera, la sangre burbujea y se desboca desatinadamente. Y sobre todo, la gente itálica, sólo en contadas excepciones, suele padecer lamentablemente la falta de humor. Puede ser regocijada, alegre, jocosa; pero los ironistas, el humorista a lo Swift, a lo Quevedo, nunca ha abundado y únicamente recorriendo el pasado curso de los siglos encontraremos algunos de puros quilates.

La relación que esto, lo de la ironía, tenga con un incidente de largas repercusiones mundiales, se halla en cómo, alemanes e ingleses recibieron las energúmenas palabras del regente de Italia y supremo duce del bandidaje de camisa negra. Con sonrisas compasivas y de burla por todos esos denuestos, completamente innecesarios y fuera de lugar. Si toda exageración lleva en sí el inmanente ridículo, esta vez el payaso tragicómico del fascismo italiano estuvo grotesco, de un grotesco risible, tan risible que nos hace pensar en su pasión megalómana subiéndosele a la cabeza, madurándolo para una probable internación en un manicomio. Esas pasiones vehementes traen siempre un desequilibrio en detrimento de otras facultades más nobles. Mussolini ha de perderse algún día por ese estado continuo de patología política, que actuando en la exasperación de su sistema nervioso, le inculca ese delirio de grandezas, característica peculiar de todo pupilo de la casa de orates. Sus secuaces tampoco le van en zaga como frenéticos malvados y pillos aprovechados. Y es que hasta en la locura hay momentos lúcidos cuando se entra en los intereses personales.

Tiene él un famoso antecesor. Es el ex kaiser, pobre ser morboso, misérrimo degenerado, que, si la cordura reinara en el mundo, en vez de colocarle en un trono a fin de que gobernara 60 millones de seres, se le hubiera debido alojar en uno de esos asilos, muestrario de monstruosidades, entre las criaturas falladas a su destino, los marrados ensayos de la naturaleza. Y quizá lo bueno que poseyera de nacimiento, habría podido ser educado o, por lo menos, evitar el daño que pudo derivar de un hombre inconsciente, a merced de su furiosa megalomanía.

El caso de Mussolini está resultando idéntico. Y es más, por estar alimentado por una atmósfera de histeria y de incendiados apetitos y odios embravecidos. Basta hacer notar este hecho. Todo lo que pudo parecerles de heroico a los fascistas y a sus órganos de publicidad la oración mussoliniana, inculta, bravucona, contra el canciller bávaro y versando sobre la cuestión del Tirol, al transponer las fronteras cayó en el más tremendo ridículo. Hay diferencia entre hallarse en desacuerdo acerca de algo, o que, en cambio, produzca el efecto contrario al que su autor se propuso.

"L'Impero", dirigido por Farinacci, publicaba, a todo lo ancho de la página, este título: *¡Ningún comentario sobre el discurso de Mussolini! ¡Es necesario que lo conservemos en el corazón en toda su desnudez romana!* — En Berlín, según resúmenes cablegráficos, se anunciaba que casi todos los diarios, más bien que coléricos, se inclinaban a ser irónicos respecto a la grandilocuencia del primer ministro italiano.

Ni en serio quiso tomarlo cierto sector de la opinión alemana. Los pesados teutones, con un sentido endiablado del humor a largos alcances, podrían contestarle a Mussolini con las palabras de Tolstoy, hablando de la literatura de Andreief. Decía: "Andreief quiere espantarnos, meternos miedo; pero nosotros ni nos espantamos ni sentimos miedo alguno".

Mientras el supremo mandatario de Italia, por desgracia de la raza italiana, escupe centellas y lanza sapos, los que debían asustarse se ríen a carcajadas; y los que se ponen serios son precisamente los que en algo se parecen a él, y también por la obligación de sus funciones oficiales.

Nada; es el cuento de nunca acabar. La guerra engendra otras guerras, y de un imperio salen multiplicados otros tantos...

Energùmeno "poseur" o Mussolini el bravucón

Al oìdo

Camarada, vamos a pasar otros momentos de íntima conversación; es preciso que nos digamos cuatro verdades y que reconozcamos nuestros errores y nuestras vulgares aspiraciones; la anarquía debe volver por sus fueros y arrojar de nuestro corazón las pasiones envenenadas y los odios de políticos en competencia. Aparte del espectáculo que damos y que está tan lejos de obrar como factor de atracción proselitista, nuestras contiendas revelan sentimientos y mentalidades que creíamos superados en las filas de nuestro movimiento; nos estamos revelando como vulgares cazadores de puestos de relumbrón en los sindicatos y los periódicos y llevamos el asco y el cansancio a aquellos que comprenden el anarquismo como una colectividad de hermanos que tienda a la implantación de un orden social nuevo, algo así como la extensión de lo que debe ser ya hoy mismo nuestra convivencia.

Un socialista independiente, el profesor Robert Michels, ha escrito una obra voluminosa y erudita sobre las tendencias oligárquicas de toda agrupación; toma como base el movimiento obrero y socialdemócrata alemán y estudia la psicología del caudillismo, considerándolo, no como una enfermedad pasajera, sino como una ley inevitable de toda colectividad. Robert Michels reconoce sin embargo en el anarquismo una fuerza profiláctica contra el caudillismo en el movimiento obrero y presenta el ejemplo del "jefe" anarquista en Kropotkin, cuya "jefatura" es puramente moral o intelectual. Al leer esa obra nos hemos interrogado íntimamente si el anarquismo habrá perdido su virtud profiláctica contra el caudillismo y si los conflictos habidos en la Argentina no obedecen en primera línea a las leyes oligárquicas que ha creído descubrir el profesor Michels en el movimiento obrero.

¡Camarada, quien quiera que seas, amigo o enemigo! ¿No te ruborizas como nos ruborizamos nosotros al tener que designar a unos anarquistas como amigos y a otros como enemigos? ¿No es esa designación una manifestación bien triste de la moral que prevalece en nuestro ambiente? Reflexiona, mientras los anarquistas no podamos tratarnos como hermanos, toda propaganda caerá en el vacío, la vuestra y la nuestra y la de los otros. Las gentes que hubieran podido sentirse atraídas hacia nuestras ideas por su nobleza, por su justicia, por su espíritu de igualdad y de solidaridad, se apartarán de nosotros porque practicamos cada día una moral completamente opuesta a la

que se desprende de la anarquía. En el movimiento anarquista hay espacio libre para todos los anarquistas y para todas las manifestaciones del anarquismo; cuando no hay espacio libre es cuando nos obstaculizamos mutuamente la labor y cuando confundimos la lucha por un mundo mejor con la lucha contra los camaradas "enemigos", contra los que no se doblegan a nuestras imposiciones o no se convierten en instrumentos dóciles de nuestras petulancias. Entonces, naturalmente, el anarquismo es un campo demasiado estrecho que debemos disputarnos en una concurrencia asesina, con más apasionamiento que los candidatos se disputan un acta en las comedias electorales.

Créenos, camarada, si hace unos años hubiéramos previsto a costa de qué esfuerzos habríamos tenido que realizar nuestra labor, nos hubiéramos guardado de ocupar un puesto de responsabilidad en la propaganda; tal vez, como muchos otros, nos hubiéramos retirado apaciblemente hasta que el nivel moral de los anarquistas fuese otro; pero una vez en la brega, hemos bregado y, hoy, semi-abatidos, semi-cansados, podemos tener la satisfacción de echar una ojeada a una labor de propaganda respetable y que está dando y aun dará sus frutos. Tenemos la conciencia tranquila y sólo nos apesadumbraría que no hubiera camaradas suficientes para continuar nuestro esfuerzo.

No es por petulancia vana por lo que no renegamos de nuestra labor; creemos que ha llenado un vacío y que merece el reconocimiento de toda buena voluntad.

¡Pero qué has hecho tú, camarada! Primero estuviste con una fracción, luego te fuiste con otra y por fin quién sabe a dónde irás. Te llamaste amigo nuestro y enemigo de los otros; hoy te llamas amigo de los otros y enemigo nuestro. Una sola palabra de adulación basta para hacerte cambiar de casaca; en ti pesan más los factores de la demagogia que las convicciones anarquistas. Necesitas siempre un jefe, un caudillo; necesitas afiliarte a algún *ismo* de moda; para encontrar tu camino no examinas tu conciencia, sino tu sensualidad o tus vanidades; giras como una veleta por eso mismo, porque tus convicciones no están en tu corazón, porque tienes el hábito de hipotecar a otros la función de pensar por tí; no tienes valor para ser tú mismo y buscas sin cesar una voz de mando que llene el vacío de tu espíritu; o en el fondo aspiras a ocupar un puesto en primera fila y consideras las distintas fracciones de nuestro movimiento como un arribista electoral consideraría las probabilidades de triunfo de los distintos partidos.

¡Camarada! Los puestos en primera fila no existen entre nosotros o no deben existir; el anarquismo es una comunidad de iguales entre iguales; tarde o temprano volverá a reconocer esa característica o tendrá que desaparecer como factor de evolución social. Tú, camarada, lleno de vanidades y de pretensiones; puedes ser en tu oficio un buen obrero y serías un buen compañero si en lugar de dedicar todos tus esfuerzos a ocupar un puesto a la cabeza del movimiento, si en lugar de hacer converger todas las energías de tu espíritu a sobresalir de la masa a quien desprecias y a quien ahora halagas para montar sobre ella, te hubieras dedicado a estudiar y a comprender nuestras ideas, para poderlas sentir y amar mejor. Piensa en aquel pasaje del Quijote; un noble había invitado a un campesino a comer en su casa y le ofreció la cabecera de la mesa; el campesino quiso declinar ese honor y el noble le respondió que quedara allí, pues la cabecera de la mesa estaría siempre donde él, el amo de la casa y el noble por herencia, se sentara. ¿No entrevés que por tus cualidades intelectuales no ocuparás nunca el puesto en primera fila a que aspiras? Hay otros, de esos que tú combates con tanto encarnizamiento, que seguirán siendo la cabecera de la mesa aunque abandonen toda su actividad pública y te cedan el puesto que consideras como un honor y de brillo y otros no consideran más que como un lugar de responsabilidad y de esfuerzo extraordinario. Tú quisieras estar allí porque abrigas aún sentimientos de mando envueltos en tu pereza mental; has visto cómo aquellos a quienes odias bajamente han afirmado desde esos puestos su independencia, su buen criterio, su energía. Tú crees poder hacer lo mismo, cuando hasta ahora no has dado más que una nota de servilidad, arrimándote al sol que te pareció calentar más. Pero el hombre independiente, íntegro, sincero, no obra como has obrado tú, y sobre todo el anarquista verdadero no se convierte nunca en un caudillo ni en un acaudillado, no rompe nunca el principio básico de libres y de iguales.

¡Pobre hombre! Necesitas ocupar un puesto de esos que te deslumbran para poder sobresalir de tu mediocridad; en tí no tienes las cualidades necesarias para sobresalir por ellas. Eres digno de compasión. Quieres sobreponerte a nosotros, como un gobernador o un reyezuelo y marcar el compás desde la comisión de un sindicato, de una federación o de un periódico. ¡Y te llamas anarquista! Sin embargo, camarada, el compás no habrás de marcarlo tú, sino aquellos que aman la anarquía de veras, que la sienten y no la emplean como pedestal para exhibir sus pasioncillas. Trepa a los puestos de brillo de los sindicatos, ya que no puedes trepar a las administraciones públicas del Estado o al parlamento! La cabecera de la mesa — la cabecera de la mesa que no rompe el principio de la igualdad y de la solidaridad — no estará donde tú te sientes.

Pero no creas que te odiamos, camarada; te tenemos lástima y sentimos compasión por tí, que no has matado en el alma los vicios de la moral del autoritarismo; como tú hay muchos que se dicen anarquistas; es doloroso. ¿Habremos de echarlos de nuestro ambiente? ¿No sería mejor recomenzar pacientemente la obra de educación libertaria para formar hombres nuevos que estén moralmente a la altura de las ideas a que dicen haberse adherido sin saber por qué?

Camarada, sé tú mismo, no nos creas a nosotros con los ojos cerrados ni a los otros; la verdad está en tí, ¡búscala, investígala! Piensas que serás otro cuando "llegues" a secretario o a redactor; no, amigo, serás el mismo; el puesto ese que te hace perder el equilibrio no da cualidades nuevas a quien no las tiene; pero si tanto te empeñas, haz la prueba; nosotros continuaremos siendo lo que somos en donde quiera que estemos.

I. K.

EL MOVIMIENTO OBRERO PURO

El artículo de Malatesta en *El Productor* de Barcelona (8 de enero de 1926), nos vuelve a poner en la necesidad de machacar en el hierro frío de una lamentable leyenda.

Creemos que nuestras objeciones al punto de vista de Malatesta y de Fabbri sobre la actitud de los anarquistas en el movimiento obrero han sido mal interpretadas por algunos camaradas a quienes habríamos dado la impresión de poco respeto hacia la personalidad de esos hombres tan meritorios en nuestro movimiento; sin embargo, tal vez nos haya movido en primer lugar nuestra simpatía con sus ideas generales y nuestro despecho por no tenerlos a nuestro lado en un campo de lucha tan importante como es el movimiento obrero. Cuando se fundó la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, hemos creído que sería el punto de concentración de todas las fuerzas anarquistas del mundo y tácitamente esperábamos la contribución de Errico Malatesta, en la seguridad que ese incansable combatiente de la buena causa, nacido a la vida pública en el seno de la vieja Internacional, no nos rehusaría su concurso para continuar la misma obra a que él dedicó los primeros años de su vida siempre joven y siempre fecunda.

Constatábamos en el movimiento obrero revolucionario, incluso en muchos anarquistas, una tendencia suicida hacia un sindicalismo bebido en quién sabe qué fuentes. En nuestro fuero interno contábamos con Malatesta y con Fabbri para resistir esa desviación y plantar la bandera del anarquismo sobre una fracción al menos de los trabajadores. Nada de eso ocurrió, más bien lo contrario es lo que hemos visto. Nos hemos decidido, pues, a obrar por nuestra propia cuenta y hemos querido demostrar que Malatesta y que Fabbri fundan su actitud respecto del movimiento obrero en una leyenda o en una ilusión óptica.

Intervino otra causa: la Unione Sindacale Italiana actualmente está deshecha por el fascismo; en sus militantes hay quienes abrigan más simpatías por el sindicalismo de Leone que por nuestras ideas; la actitud de Malatesta entraña el desinterés de los anarquistas italianos por el movimiento sindical y por consiguiente, cuando llegue el día de una resurrección, podría darse el caso de que ese organismo siguiera un desenvolvimiento no siempre beneficioso para el anarquismo.

Además, las ideas sobre la unidad de clase y otras patrañas, defendidas y propagadas por Malatesta y Fabbri, se convertían en armas contra nuestro movimiento de los países hispanoamericanos y de España misma, en manos de los sindicalistas de la escuela de Amiens.

Por último, es esa misma anarquía de Malatesta la que constituye nuestro más alto ideal; estamos muy lejos de hallarnos dispuestos a hacer la menor concesión en ese punto; Malatesta hace más concesiones que nosotros, pues si es adversario del sindicalismo *como doctrina*, no lo es del *sindicalismo como hecho; nosotros somos adversarios del sindicalismo como doctrina y como hecho*, nuestra opinión es que el sindicalismo, por revolucionario que se pretenda, termina siempre en el reformismo.

Pero no confundimos el sindicalismo con el *movimiento sindical*, con el movimiento obrero, como parece hacerlo Malatesta.

Malatesta tiene una idea metafísica del movimiento obrero, como un fenómeno por encima de todos nuestros cálculos: su ideal es el *movimiento obrero puro*, un movimiento que no esté enfeudado a ninguna tendencia social, que tenga su finalidad en sí, algo como el *noumeno* kantiano posiblemente. Eleuterio Quintanilla, si no lo interpretamos mal, expresa el mismo pensamiento en *Solidaridad Obrera* de Gijón (8 de enero). Si las cosas son así como las imagina Malatesta, si fuera posible que se llegase a ese estado ideal de un movimiento obrero abierto a todas las tendencias, si la experiencia histórica nos mostrase que existió alguna vez semejante movimiento, entonces el asunto se prestaría a discusión. Entonces merecería, ponerse en práctica la táctica recomendada por el querido veterano de las luchas sociales modernas.

Sin embargo, todo eso tiene un pequeño defecto, se basa en una pequeña ilusión: *el movimiento obrero puro no existió, no existe y no puede existir nunca.* ¡Que nos cite el camarada Malatesta un solo ejemplo de un movimiento obrero independiente o puro, presente o pasado!

Por consiguiente, *la discusión no debe girar en torno al asunto de la actitud de los anarquistas ante un movimiento obrero que no existió, ni existe y que tampoco existirá, antes del triunfo de la revolución social por lo menos, sino ante una realidad que pesa más en los destinos del porvenir que todas nuestras leyendas imaginarias.* Y esa realidad es un movimiento obrero disgregado en múltiples tendencias, desde la fascista a la anarquista. Contentémonos con ser espectadores pasivos de las luchas sociales o creémonos una fuerza proletaria capaz de decir su palabra. No hay otra salida.

Malatesta ha recorrido muchos países, ha intentado dar vida a muchas obras de propaganda, vivó muchos años en Inglaterra, pasó algunos años en la Argentina; comparemos: ¿qué queda de la acción de Malatesta en Inglaterra? Fervientes simpatías hacia su persona en cuantos le conocieron; pero esas simpatías no constituyen ningún gran factor revolucionario. En la Argentina ha contribuído a crear algunos sindicatos, como el de panaderos, por ejemplo, que existe todavía y que ha realizado una seria labor de propaganda y de defensa de la anarquía; antes de LA PROTESTA, era *El Obrero Panadero*, el órgano del sindicato, una de las mejores publicaciones anarquistas del país. La experiencia de la Argentina, como la de España, como la de otros países, es para nosotros de gran importancia, porque fueron los sindicatos los mejores exponentes del movimiento y porque ningún camarada podrá decir que al ingresar en ellos encontró la menor limitación a su pensamiento revolucionario. Cuando se nos quiere presentar la organización partidista del anarquismo como algo superior, más legítimamente anarquista que el sindicato obrero que reconoce la finalidad anarquista y procura inspirarse en sus luchas cotidianas y en su propaganda ideológica en nuestro ideal, repetimos invariablemente: hemos advertido una mentalidad mucho menos anarquista en la mayoría de los pequeños grupos que en nuestros sindicatos. Hace unos días hemos asistido al congreso de la Federación de los anarquistas alemanes y nos hemos ruborizado profundamente, sintiendo ganas de llorar de vergüenza, un espectáculo semejante no lo hemos observado nunca en nuestros sindicatos. Hay mucho más peligro de que se forme en los "grupos de afinidad" un anarquismo de secta que de que se desarrolle en los sindicatos de finalidad anarquista inspirados por nuestras ideas, una corriente hacia el reformismo.

El anarquismo fusionado con un movimiento obrero propio, que sea su expresión de lucha y su vehículo de propaganda, tiene una ventaja incomparablemente mayor que la organización de los anarquistas al margen del mundo del trabajo; esa ventaja consiste en conservar el contacto con la vida, en trabajar sobre realidades vivientes, en influenciar la totalidad del movimiento obrero, no como filósofos o apóstoles que predican desde una torre de marfil o desde una cátedra consagrada, sino desde dentro del proletariado, desde sus lugares de trabajo.

La piedra de escándalo parece estar, según Malatesta, en nuestra afirmación en favor de un *movimiento obrero anarquista*, que creemos tan perfectamente posible como una Unione Anarchica Italiana o una Unión Anárquica Española. Y repitámoslo nuevamente: las objeciones que pueda hacer Malatesta al funcionamiento interno de un sindicato, las retrucaremos redobladas sobre el funcionamiento interno de un organismo específico del anarquismo. Malatesta dice en su artículo de *El Productor*: "Una organización obrera que se dijese anarquista y fuese y continuase propiamente tal y que estuviera — forzosamente — compuesta de anarquistas convencidos, podría ser en ciertas circunstancias utilísima como agrupación anárquica; pero no sería el movimiento obrero y faltaría a los fines del mismo"...

Al leer eso, no sabemos por qué asociación de ideas, se nos viene a la memoria el pasaje de una carta de Miguel Bakunin escrita desde París en 1845: "la libertad no es una teoría, es un hecho, es la vida misma."

Si el anarquismo es la idea de libertad, no puede nunca contrariar los fines del movimiento obrero, como los contrarían todas las demás tendencias. Todo lo contrario, es entonces cuando el movimiento obrero adquiere su verdadero significado, que es la propaganda y la conquista de la libertad. El anarquismo no es una idea extraña al movimiento obrero, no es una teoría que se anuncia desde las nubes como los mandamientos de Jehová, o, como escribió Bakunin, no es una teoría, es un hecho — es la vida misma. Cuando nosotros luchamos por la orientación anarquista del movimiento obrero no lo hacemos en la convicción de imponer un credo político o social a una masa mayor o menor de trabajadores, sino que queremos que esos trabajadores no sean desviados de su objetivo, la conquista de la libertad para todos, la lucha por la anarquía.

Camaradas Malatesta, Quintanilla y demás que pensáis que la afirmación anarquista en los sindicatos es un atentado a los fines del movimiento obrero! Allá en los tiempos prehistóricos en que Malatesta comenzó su actuación revolucionaria, posiblemente pudo justificarse la idea de un movimiento obrero puro, presunto objetivo de los sindicalistas de la *charte d'Amiens;* por aquella época el movimiento obrero era automáticamente un movimiento revolucionario; los obreros se agrupaban en las filas de la Internacional para la revolución; *organización obrera y revolución han podido ser sinónimos.* Hoy han cambiado un poco las cosas: organización obrera ya no es sinónimo de revolución, puede simbolizar también la contrarrevolución preventiva y efectiva. Diversos partidos y tendencias sociales se disputan el predominio en el mundo del trabajo; nosotros queremos que el ideal de la revolución no desaparezca por completo del proletariado — el ideal de la revolución, después de la experiencia rusa, ¿puede ser otro que la anarquía? ¿Qué hacer? Malatesta nos aconseja respetar la unidad de clase. Nosotros echamos por la borda esa ilusión y apelamos a Malatesta para que nos ayude a formar en cada país una fuerza sindical revolucionaria o sea anarquista. Con esa fuerza sindical estaremos en situación de poder contrarrestar poco a poco la invasión del movimiento obrero con tendencias y corrientes políticas adversas a la revolución. Sin esa fuerza sindical nos quedaremos a la luna de Valencia, esperando fatalísticamente que la historia misma gire a nuestro favor. ¡Que aquellos que en nombre del anarquismo obstaculizan la intervención decidida de nuestros camaradas en las filas del proletariado, no sólo como críticones impotentes para una acción propia, sino como factores determinantes, como fuerza autónoma y orgánica — asuman la responsabilidad de su actitud!

Las luchas sociales no son torneos de rabinos y sacerdotes católicos, no sólo se discute con argumentos, no sólo se exponen ideas,, se combate también con los puños. Vamos a exponer otro ejemplo de la Argentina: en este país se ha conseguido poner un coto al avance de la social-democracia en las filas obreras; pero no vayamos a creer que se debe sólo a la acción espontánea de nuestro ideal; se debe en primer lugar a que nuestros camaradas se propusieron no dejar prosperar ese movimiento, desbaratáron en lo posible sus ensayos y en último término entraron en liza razones contundentes no siempre reducidas a declamaciones en las tribunas. En estos momentos quieren levantar los socialdemócratas la cabeza, aprovechándose de nuestras disidencias internas; pero sólo será hasta que se haya superado la crisis presente; luego veremos cómo resisten el ataque cerrado de nuestros camaradas. Si las luchas sociales fueran meros torneos oratorios, reconocemos con gusto que el movimiento anarquista de la Argentina no hubiera podido prosperar frente a un J. B. Justo, un distinguido economista que ha tenido tiempo para estudiar más que nosotros.

Cuando el movimiento obrero español se reanime, nuestros amigos habrán de dedicar tantos esfuerzos a la lucha contra la burguesía como a la destrucción del movimiento sindical socialdemócrata. ¿Es esto una herejía, camarada Malatesta? No, no. Si los anarquistas italianos hubiesen logrado destruir la Confederazione del Lavoro posiblemente el fascismo no habría triunfado. No queremos exponer lo que debe el capitalismo internacional a los sindicatos obreros reformistas alemanes y de todos los países. Creemos que esto es del dominio de todos y que no necesita explicaciones.

La lucha contra la reacción no puede dejar al margen la lucha contra aquellos movimientos proletarios que son sus más seguros vehículos.

V. Abad de Santillán

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

(Continuación)

He ahí por qué el individualismo de que nos hablaron los jóvenes anarquistas franceses durante un momento, lo encuentro mezquino, pequeño y falso, *puesto que carece precisamente del fin que se propone.* Y esa nota resuena en mi oído tanto más falsa cuanto que tenía al lado — hombres que en ese momento mismo, conscientemente, subían al cadalso por la causa común, después de haber afirmado altamente su personalidad. Es sólo a causa de la confusión que reina sobre la concepción del individualismo que otros, que se llaman individualistas, han creído pertenecer al mismo campo intelectual y político de esos hombres de sacrificio. Los que se llamaban "individualistas" (en el sentido burgués) tenían tan poco derecho a contarlos de los "suyos" como los cristianos hubieran podido tenerlo. Aquellos pertenecían a la variedad que veo venir y que Ibsen ha tratado de producir en sus dramas (9).

———

La carta se vuelve tan larga que estoy forzado a pasar muy rápidamente por los puntos muy importantes de la suya. Repito aún que si el movimiento se ha reducido en Francia, es porque la situación general no es ya tan revolucionaria como lo era antes de 1894-95, y se apercibieron que no se podría provocar la revolución en diez o en cien. Era hermoso imaginarse que por un fuerte impulso de algunos se conseguiría hacer estallar la revolución: no hubo nada, y ha sido preciso engancharse al movimiento *preparatorio* que precede a todas las revoluciones. Es preciso, además, un ideal para la revolución y — ¿podría serlo el individualismo burgués? ¡No! — Y en cuanto al comunismo anarquista, ¿se ha determinado bastante claramente, no digo en el seno de los millones, sino, digámoslo, en el seno de los anarquistas mismos? — ¡No! (No puede determinarse más que en los ensayos prácticos de la vida). Es en ese movimiento preparatorio en el que hemos entrado desde hace 5 o 6 años,— la ausencia de cuestiones irritantes, tales como el boulangerismo y Dreyfuss, que permiten de nuevo (por algunos años solamente) ese trabajo. (10).

¡Si pudiéramos, aprovechando esta calma, explicar, como Vd. dice, nuestras ideas! Pero nos encontramos frente a un problema, que no se ha presentado hasta ahora: *la ética de una sociedad de iguales, absolutamente libres.* La ética cristiana no tuvo más que copiar la ética budista, la de Lao-tse, etc., diluyéndola y empequeñeciéndola. Nosotros tenemos que crear la ética *nueva* de la sociedad futura socialista. *El ambiente anarquista obrero trabaja en la creación de esa ética.* El trabajo se hace en mil puntos. La idea general comienza a bruiar. Pero, sea que nos falte un *genio*, sea que la no terminación de ese trabajo no lo permite aún — no hacemos más que entrever.— Sí, es preciso reanudar el hilo; sólo que no con los pocos "individualistas" de 1890, sino con los griegos de la Grecia antigua. ¡Muy lejos, como Vd. ve! (11).

En cuanto a sus apreciaciones sobre la misión de los trabajadores,— pasada y actual — debo tomar aquí con amplia mano la parte de la exageración de que Vd. me habla — la exageración inevitable de la brevedad. Temo sólo que aun dejando un gran puesto a esa exageración inevitable quede un substrato sobre el cual nos será difícil ponernos de acuerdo. (12).— Vd. ha mostrado la falta de solidaridad entre los obreros (13).— Muy bien. ¿Y qué? Por mi parte, y creo estar en el caso de millares de anarquistas y de 100.000 socialistas, no he tenido necesidad de exagerar las virtudes de los obreros para desposarme con la causa de la revolución social, eminentemente obrera. Sino que se fundó la Internacional, para forjar poco a poco la solidaridad entre diversos oficios y, más tarde, diversas naciones, para ampliar la idea de solidaridad, para permitirle ensancharla hoy como lo ha hecho (14).

Es precisamente para despertar esa solidaridad — sin la cual sería difícil progresar — que hay que trabajar a fin de que los sindicatos y las trade-uniones no sean escamoteados por los burgueses que, después de haber fracasado como moderados, tratan de llegar al poder como avanzados (15).

No se trata para mí de saber "quién es mejor" — el burgués o el obrero" (16) — eso no me interesa, como no me interesa la cuestión de saber "¿quién es mejor — el hombre o la mujer?" — cuestión que apasionó de un modo muy divertido a los héroes en un nuevo engaño. Lo que sé es que el trabajador tiene, al menos, el hábito de hacer una cantidad de trabajo desagradable —de *trabajo*; no sólo de diversión — lo que es un punto importante para el porvenir; que, habituado al trabajo manual, no trata, en sus ensueños de porvenir, de reservarse un puesto entre los gobernantes, como hacen los social-demócratas (17); y que, siendo explotado hoy por bajo de la escala, tiene interés en reclamar la igualdad, que no ha cesado de reclamarla; que se batió y se batirá por ella; mientras que el burgués, ávido y torpe, cree que está en su interés el mantenimiento de la desigualdad. Para eso el burgués hace su ciencia, su política, forja su poder. Y siempre que hubo lucha por la igualdad, el burgués estuvo por la desigualdad, por el derecho de gobernar, mientras que el pueblo estuvo en la otra parte. Ninguna provisión de razonamientos ni ninguna estadística hará ahí nada y como se lo he dicho ya en mi última carta (18) — es aún el pueblo, el obrero el que se ha batido en la última toma de armas que me podría citar (1871) — y no veo ninguna razón para que sea de otro modo en la próxima de cómo ha sido en 1871, en Milán, en Barcelona, en Trieste — ¡en todas partes! (19).

En cuanto a la tolerancia de que Vd. me habla — no puedo repetirle más que, según mi opinión, se ha ejercido demasiado tolerancia de la parte que ha estado en lo verdadero. Yo soy el bien agresivo y creo que predicar el *bien pasivo*, como lo ha hecho el cristianismo y como Vd. parece pedir (pero me recuerdo, al corregir, de la exageración de toda carta breve) es obstaculizar el progreso (20). Sí, hay en la sociedad actual supervivencias: todas las supervivencias desde el canibalismo, el período salvaje de la edad de piedra, la edad de bronce, las abominaciones de los despotismos orientales... todo, todo, desde el comienzo de la historia. (Vd. verá un hermoso espectáculo si viene en junio a Inglaterra: los Huxley de rodillas ante la reina recibiendo la investidura del G. C., ya eso es hermoso para ver. Pero vamos a ver muchas cosas bellas todavía, en esa recrudescencia de las épocas más salvajes y más caníbales, que van a jugarse alrededor de Eduardo VII (21). Y bién, ¿qué es lo que se deduce de eso? ¿Que debo vér todo eso con una mirada condescendiente? No, querido amigo, el eclecticismo es la muerte — la peor de las muertes, la muerte intelectual.

Su comprensión de las revoluciones me parece absolutamente falsa. Vd. habla sin duda con los historiadores cuando dice: "Entonces al día siguiente (de derribar el gobierno de Rusia) los campesinos quemarán los castillos, etc." (22). Pero creo haber probado que esa concepción es *absolutamente falsa.*

———

(9) *Esto no es para mí, que no fuí fascinado nunca por ninguna variante de no importa qué variante del pseudo-individualismo, y que reconocí la belleza del individualismo comunista que Kropotkin entrevé. Pero incluso el hombre más altamente inspirado del sentimiento social y sociable, puede descar a veces proceder por vías más individuales, independientes, separándose por un tiempo de las de los otros. Es eso lo que era preciso decir altamente para disipar la impresión que el comunismo libertario absorbería automáticamente las iniciativas y los actos independientes individuales. Si todo individualismo sincero, altruista, encuentra satisfacción en el individualismo comunista de Kropotkin, tanto mejor para la realización de sus ideas, pero sólo la experiencia puede verificar eso.*

(10). *Según mi impresión esta ausencia de "cuestiones irritantes" no era sino una nueva razón para tratar de volver al primer plano. Se ha dejado el campo libre a esa reacción nacionalista que continuó el boulangerismo y el antidreyfusismo, que se apoderó entonces de la juventud, y representada por el neo-realisma, — catolicismo, — nacionalismo, luego en el socialismo mismo mediante la extraña perversión de George Sorel (véase su revista "L'Independance", a partir de 1911, una manumisión del espíritu de la juventud francesa, italiana también, que ha llevado directamente a la guerra y al fascismo de nuestros días. No se ha podido prever todo ese mal a comienzos de 1902, pero yo habría querido entonces ya que Kropotkin y otros hicieran un esfuerzo para volver a conquistar, para la idea anarquista, un puesto en plena luz del día. No se hizo y pronto los asuntos rusos, los acontecimientos que debían llegar a la revolución de 1905, han absorbido su atención en primer lugar.*

(11). *Aunque los primeros artículos sobre la "Etica" no aparecieron más que en 1904 (agosto) y 1905 (marzo) en el "Nineteenth Century", Kropotkin estaba ya entonces sumido desde hacía varios años en ese asunto que pronto, alternando con el de la revolución francesa, le absorvió mucho.*

(12). *Yo había dicho, pues, que dejaba a un lado tantos hechos y argumentos, sobre los cuales estábamos necesariamente de acuerdo, sin que eso quisiera decir que los ignoro o los refuto. En esas condiciones le proponía ciertas opiniones, con más motivos y conclusiones.*

(13) *Y en la vida de todos los días, donde tal vez aun en este momento, la falta de solidaridad, me parece, en proporciones más frecuentes que los actos de solidaridad — o de lo contrario estaríamos ya más próximos del estado feliz de solidaridad y de libertad que deseamos. En tanto que el obrero esté dispuesto* según la orden *a arruinar la salud de otros obreros (produciendo productos nocivos), a ser su amo, su guarda-chusma, etc. (como capataz, carcelero, etc.), a matarlos en el interior o en el exterior (como gendarme o como soldado), etc., la solidaridad se ejerce desmasiado poco, y* no hay que hacernos ilusiones *sobre este hecho. En ese sentido había escrito probablemente a Kropotkin.*

(14). *Alusión a mi conferencia* Responsability and Solidarity of the Labour Strugle, *en el* Freedom. *Discussions Group, 5 de diciembre de 1899, impresa en Freedom 1900, en folleto inglés (mayo de 1900) y como informe propuesto por el grupo Freedom al congreso internacional de 1900,* (Les Temps Nouveaux, Supplement litteraire), 1900; *en folleto francés, París, 1903; en español, Barcelona 1904 y en otros idiomas.*

(15). *En esa época la lucha de los sindicalistas revolucionarios en Francia contra los reformistas no se había terminado y en Inglaterra no había casi ningún rasgo de espíritu sindicalista en el gran mundo del trabajo organizado.*

(16). *Yo había probablemente observado que tendencias e inclinaciones semejantes de cáevarse unos sobre las espaldas de los otros y parecidas manifestaciones antisolidarias se encuentran hoy aún entre los obreros y entre los burgueses, a pesar de todo el esfuerzo moralizador del socialismo y de la organización obrera.*

(17). *Pero se podría observar aquí, ¿quiénes son los social-demócratas sino* esa parte de los obreros *de los cuales muchos, no amando mucho al trabajo manual, preferirían colocarse en las administraciones, etc.? El hecho de que se esté habituado a un trabajo, no implica siempre que se le ame, y que se esté dispuesto a continuarlo si hay medio de cholarlo. Aquí la realidad me parece en contradicción con el pensamiento generoso de Kropotkin.*

(18). *La he conservado, pero no la tengo ante mí, ni en el recuerdo, en este momento.*

(19). *No soy ciertamente yo el que había expresado la menor duda al respecto. En tanto que me recuerdo, mis observaciones se referían a este asunto: que a pesar de las tendencias igualitarias y solidaristas de muchos obreros, la vida práctica de los talleres y fábricas conduce muy a menudo a su diferenciación según las capacidades, los carácteres especiales, etc., que hacen que unos avancen un poco, algunas veces mucho, y que los otros queden quietos. Esa selección no es siempre una eliminación de los menos solidarios (pues el más malvado se hace capataz, etc.), sino a menudo también una elevación de los más capaces (que el patrón tiene interés en tratar mejor, en atraer a su esfera de intereses, etc). Concluía que por esas diferenciaciones muchos buenos elementos eran continuamente arrancados del ambiente de sus camaradas, y que tales puntos me han parecido explicar la lentitud con la cual la gran masa comprende nuestras ideas, muchos talentos, que comprenderían más pronto y que sabrían y querrían obrar, son continuamente separados de esa ma-*

sa por los capitalistas que desean en primer lugar aprovechar esos talentos.— Me recuerdo que ni en esta carta ni en discusión alguna, entró Kropotkin en ese asunto. Pensaba que de todos los camaradas, los más útiles a la causa son aquellos que, aceptando las ideas, permanecen en medio de los obreros, sin querer salir de él, como hicieron tantos buenos camaradas en todas partes, Johann Neve, Sam Mainwaring, Lucien Guérineau y muchos otros! Yo habría querido entonces (1902) que se hubiera estimulado más ese género de propaganda que diferia bastante de la tendencia, comprensible por lo demás, de muchos anarquistas, entonces, a abandonar los talleres y a vivir como pudieran. Algunas veces eso fué bueno para ellos, pero eso los separó de los obreros.

(20) *Me fué imposible siempre hablar de la tolerancia con Kropotkin, sin que se haya incomodado. He escrito a menudo lo qué entiendo por tolerancia mutua; no es la no resistencia al mal ni una renuncia a emplear la fuerza. No es más que la convivencia de personas, la coexistencia de instituciones que no son de las mismas opiniones o que no están basadas en el mismo sistema, pero que prefieren vivir en paz en lugar de vivir en conflicto y combate permanente hasta la destrucción de uno de ambos. Pienso que hoy mismo se hace un gran número de cosas en paz y la violencia es un último recurso que no prohibo a nadie, pero que yo vería con sentimiento que se volviera general. No se quema ya a los de otra religión, ni siquiera a los libres pensadores, y yo me atrevo a pensar que llegará en el mismo grado la tolerancia mutua para las cuestiones nacionales y sociales. Hablé entonces a Kropotkin sobre el ejemplo de los Cuáqueros y de aquellos que rehusan por principio tomar las armas — y la guerra ha mostrado que esta idea inspiró a muchos hombres, las* conscientius objectors *de Inglaterra y de Estados Unidos, etc. En una palabra, no he comprendido nunca por qué Kropotkin, que buscaba y encontraba en todas partes tantos rasgos de ayuda mutua considero imposible o no deseable que se llegase a plantear disputas sobre el nivel de la acción autónoma diferente de dos o más partes en litigio.*

(21) *La coronación.*

(22) *Confieso que no he aceptado nunca completamente las cosas de Kropotkin que desarrolla también en la parte que va a seguir de esta carta. Hubo siempre actos de violencia social, pero no se generalizan y se convierten en impulso de una revolución irrevocable más que cuando es roto el hielo por algún acto colectivo valeroso, para expresarme así, cuando un sentimiento de seguridad, la conciencia de la solidaridad general con sus actos reafirma a los rebeldes. Así la revolución rusa de 1917 no se transformó en revolución social — los campesinos rusa de 1917 no expulsaron los propietarios y quemaron los castillos más que cuando fué levantado el bando del zarismo en marzo de 1917, no antes. Y los campesinos franceses de antes de 1789 no quemaron castillos en cantidad más que cuando en todas partes del país se supo que por esa vez la miseria de las finanzas, etc., puso a la realeza contra el muro y cuando todo el mundo se resolvió a pedir cuentas al sistema que estaba aun en vigor. Lo mismo en 1848, fué el 24 de febrero en París el que rompió el hielo; los acontecimientos de 1847 no tuvieron todavía repercusión. Es preciso siempre algo que dé el verdadero valor al pueblo; éste no lo posee sin eso o de lo contrario habría hecho desde hace mucho en todas partes la revolución. — En mayo de 1789 los Estados Generales convocados dieron desde hacía mucho tiempo un impulso tal al valor de las masas, que los castillos han ardido fácilmente. Pero no fué a causa de los castillos quemados que se convocó los Estados Generales.*

(*Continuará*)

Las artes plásticas polacas

Afirmar que existe un arte polaco no quiere significar que Polonia supo crear un arte propio, exento de toda influencia exterior. Una tradición artística, la posee desde largo tiempo, sustentada por una pléyade de artistas admirablemente dotados que se han sucedido sin interrupción. Indudablemente, para la mayoría, habituada a juzgar por las apariencias de las cosas más que por su valor intrínseco, se extrañará que un país de poca cuantía territorial y de habitantes, siempre teatro de hechos de guerra, esclavizado durante años, pudo conservar el gusto para las creaciones de arte.

Hubo un tiempo, que no se remonta sino a quince o veinte años, en el que Cracovia, que por entonces se hallaba en poder de Austria, era considerada como la *Florencia polaca*, por la intensidad de su movimiento de arte, que penetraba todas sus capas sociales. Hacia pensar en las repúblicas italianas del quinientos, por el grado de perfeccionamiento a que había llegado hasta en sus oficios manuales. A mitad camino de entre Viena y Praga, por un lado, y por el otro entre Kiew y Moscu, fué siempre el centinela avanzado de la cultura occidental hacia el Asia, y una ciudad como ella, por su posición y pletórica de tradiciones, debía dar nacimiento a una escuela moderna de arte. Uno de sus precursores fué Juan Matejko (1808-1893), uno de los hombres mas grandes del siglo XIX, llamado el veneciano polaco y su obra prodigiosa sirvió para preparar el advenimiento de la escuela moderna. A su vez tiene sus continuadores, que son los decoradores de gran talento Estanislao Wyspianski y José Mehoffer, y entre ellos se halla Jan Stanisławski, el padre del paisaje polaco, quien trabajó entre Ukrania y Galitzia.

Pero estos maestros no han sido ejemplos aislados. Los antecesores de ellos dignos de mención pueden contarse en mas de una docena. En el 1800-1855 Pedro Machalowski, un buen pintor romántico de escenas ecuestres; I. Kossak — 1824-1859 —, retrotrae con su diestro pincel los retazos vividos y pintorescos de la vida oriental y cultiva la caricatura de las bestias y de los hombres; el retratista Arturo Grottger — 1837-1867 —, que dejo una excelente galería de personajes históricos y de su época; Podkowinski (1866-1895) también retratista; el acuarelista W. Gerson — 1831-1901 — de una gran sensibilidad en el color y de un sentimiento casi religioso en sus paisajes agrestes y aldeas, acurrucadas entre los peñascos de las montañas; Alejandro Gierymski — 1849-1901 — y Maximiliano Gerymes — 1846-1874 — dos excelentes pintores que se acercaron mucho al arte moderno. De este modo, ni Wyspianski, ni Mehoffer, ni Eugenio Zak, que debían descollar con un arte vigoroso y dejar muchas obras de gran valía, son individualidades aisladas, que no surgen de la nada, sin un motivo, sino después de una concatenación de esfuerzos sucesivos. Para no dispersarnos, ya que nuestra finalidad no es escribir la historia de las artes plásticas en Polonia, sino destacar dos o tres personalidades de las más representativas, hemos de atenernos sólo a ellos, y si es posible hasta arribar a los artistas que figuraron en la última exposición de artes decorativas realizada en París, hace apenas unos cuantos meses.

* * *

Lo que debía dar un poderoso impulso a las artes plásticas polacas fué la sociedad Sztuka, que se fundó en Cracovia en 1897, siendo los miembros propiciadores veinticuatro de los mejores artistas que entonces vivían. El presidente honorario fué José Chelmonski, uno de los buenos paisajistas de aquel tiempo, quien habiendo nacido en 1850, precedió a Jan Stanislawski, el que debía sucederle victoriosamente, llegando a superarlo. En sus cuadros no existe la figura humana, y cuando la emplea es como entidad multitudinaria. Solamente en una vista del Dnieper hay una muchedumbre azulada, como si fuese la vegetación musgosa de las orillas del río. Pero cuanto más desnudas son sus pinturas, más aliento subjetivo hay en ellas. Paisajes inmensos, horizontes infinitos nos dan la sensación de lo desolado, de ese vacío hipnótico por el cual la naturaleza nos absorbe y nos anula. La estepa desesperada que se dilata hasta perderse en los lejanos confines, tuvo un poeta en él. Le bastan una flora ción de cardos, algunos ramajes espinosos y secos para componer su emocionado motivo, casi siempre acordado con tonalidades ensordecidas y acromáticas. Huyen del efecto como si fuese su peor enemigo. Es ocioso decir que hizo escuela, con su pertinente séquito de discípulos. No los seguiremos.

Hablemos de esta personalidad inquietante, que llenó el escenario del arte en su tiempo, y se llamó Estanislao Wyspianski. Según uno de sus biógrafos, Xavery Dunikowski, fué un verdadero poeta en la busca de símbolos tangibles, que desgraciadamente se desviaba en lo absurdo, y, quién sabe, en esa *terribilita* que soliviantó a Miguel Angel. Sus ilustraciones a la *Divina Comedia* de Dante

J. F. RAFAELLI — "El leñador y su perro" (*Obra existente en el Museo Nacional. Véase la crónica publicada en el número del primero de febrero*).

atestiguan algo de eso y aun son consideradas como las ilustraciones de un pensador.

Que fué poeta, en la acepción formal del término, lo comprueba la obra poética que dejó escrita. El dinamismo de su temperamento le hizo abarcar todos los géneros. En sus dramas, él se ocupaba personalmente de las decoraciones, de los bocetos del vestuario de los actores; ilustraba sus libros y los encuadernaba; al mismo tiempo vestía las paredes de afrescos; decoraba los vitrales de las catedrales, y le hacía apuntes al pastel a los niños que le rodeaban contemplándole trabajar en la calle. En una exposición de Viena se expuso tres poltronas robustas y bárbaras que tanto impresionaron al auditorio en la representación de *Bolestao el Temerario;* decoró el Círculo Médico de Cracovia, con tapicerías en estilo eslavo y supo en las tallas de madera lograr cierto carácter bárbaro, que se avecinaba mucho a las artes orientales. Además, en su estudio cuelgan los retratos hechos por él a los actores que representaron sus dramas. Es que Wyspianski no solamente dibujaba los vestidos de los actores antes de poner en escena las obras, sino que cuando estaba contento del trabajo de ellos los remuneraba con algunos trazos sumarios, sobrios y llenos de carácter.

Y después de todo esto, los últimos años de la existencia de este artista incomparable, quien pudo darnos obras de un gran espíritu brioso y de una vivacidad única, fueron una lucha continua, valerosa, sublime bajo ciertos aspectos contra una muerte, la más horrorosa; por encima de la descomposición orgánica de este ser, todavía en su juventud, que los retratos de los veinte años nos lo presentan tan energético, domina una voluntad de hierro y un alma de fuego, que concibe y realiza, sin descanso, con apresuramiento febril, hasta su última hora.

Excepción hecha de su labor decorativa, son pocos los cuadros suyos que pueden

ESTANISLAO WYSPIANSKI
"Maternidad" (Oleo)

pliegues, como sólo se les puede encontrar en las antiguas estampas chinas; expresivos en los rasgos del rostro y de las manos, tanto de hacer recordar el medioevo y los precursores suizos, incidiendo así con Hodler a través de Holbein, a quien aquél le tomó bastante de su carácter constructivo. Ahora interviene el color, que deja transparentar la práctica del escenógrafo, habituado a ejecutar rojos, verdes, amarillos y marrones completamente insólitos, con un sentido de la armonía que se halla fuera de lo que solemos ver, debido a la influencia que ejerció su asidua frecuentación de los japoneses.

El decorador que hay en Wyspianski también sorprende, tanto por la coloración un poco arbitraria, de acordes disonantes, como por la genialidad de la idea. Es evidente que en París estudió con los decoradores más modernos, Mucha, Grasset y etc. Pero al contrario, con los japoneses, se aleja de toda regularidad matemática y concibe una decoración asimétrica que le permite otorgar libre vuelo a su fantasía. En la flora de las ventanas de las catedrales hay una exhuberancia tropical. Después viene la enfermedad; el laboratorio de química, la decoración para el círculo médico de Cracovia y el poeta inventa mitos científicos y traduce en alegorías el sistema de Copérnico, recurriendo a colores que parecen entrevistos en ese infierno quirúrgico, que ya frecuenta diariamente.

En ese instante vuelve a la flora extravagante del pasado; pero sus rosas toman un nuevo aspecto y parecen transformarse en un sentido anatómico o médico; rosas gigantescas, proyectadas en cuádruples arcos, con pliegues de vísceras y con la belleza conmovedora que puede conferirles una imaginación acostumbrada a profanar las peores miserias físicas.

Conviene hacer notar que cuando se intenta conferir la primacia de la *mitología científica en el arte pictórico*, salvo Francia con las admirables decoraciones de Besnard, es necesario recordar en seguida a Wyspianski, mucho antes que el decorador húngaro Klimt, cuya *Medicina* contiene muchos aspectos y hasta ideas tomadas en calidad de préstamo al maestro polaco.

Su fantasía tiene algo de grandioso y temerario, que entonces desencadenó espanto y cólera. Es sólo después de haber desaparecido el artista, que los renitentes y los incomprensivos comienzan a comprender y sentir.

Hay una feliz media vuelta, que intenta reivindicar estudiando su obra dispersa, y emplear los cartones de los vitrales que hizo para la catedral de Wawel, y que el público obligó a relegarlos al museo de Cracovia.

Tuvo la bellísima audacia de obscurecer los vitrales de la Capilla, con la aparición de dos momias, presentadas con el féretro abierto. "Visiones trágicas — decía un crítico — reflejando en las cuencas de sus ojeras vacías un presente inglorioso, idea atrevida, pero bien apropiada al lugar, como la ejecución grande y simple que atenuaba en lo que literariamente podía tener de demasiado macabro y monótono."

Retornemos otra vez a sus obras menos grandiosas, más gentiles e íntimas, de todos modos definitivas de este gran poeta y pintor, a quien sólo le quedó el tiempo justo para indicar lo que hubiese podido dar a luz.

Además de la *Maternidad* posee un cuadro que es la más curiosa creación de la pintura polaca, desde la *Dieta de Grodno*, de Jan Matejko, al *Jardín de la libélula*, de José Mehoffer. Es una mujer de belleza marchita, la nodriza típica, la madre en el sentido animal de la palabra; le da el seno a un niño raquítico y deforme; dos niñitas de siluetas graciosas del tipo eslavo, miran a su misérrimo hermanito, y parecen el símbolo de la ingenuidad, del primaveral candor, ante la desilusión brutal. Tras este grupo, algunos geranios en flor de coloración cálida.

Es algo así como el contraste entre la vida animal y la vida sentimental; entre la ignorancia legendaria y lírica y la realidad frustrada y fea; son dos períodos netamente opuestos en la vida de la mujer, y quizás de la humanidad.

Puestos en el camino, no se terminaría nunca de hablar de este artista, desventurado y glorioso. Citemos *Los Angeles Custodios*, armonías de grises azules y oros; *La Santa Salomé*, austera y rígida, de entre cuyas manos se escapa la corona real; una *Castidad* inquietante, de carnes cloróticas; las ilustraciones para *La Ilíada*, que hacen pensar en un Klim eslavo y más genial, más simpático y menos meticuloso.

Jozef, o sea José Mehoffer, tiene innato el sentido de la decoración, como era comprendida en aquellos tiempos. Es por eso que está exento de esta nitidez gráfica, que en otros parece una condición necesaria al arte monumental, ni de estos continuos cambios de estilo, que se los toma prestados a los antiguos en la escuela. Su gran virtud es la de evitar a toda costa las repeticiones, que en vez de aclarar como un leit-motiv armónico, confunden y embarullan el motivo. Por eso nunca dos formas que se parezcan, ni dos líneas que se repitan, mas sí se corresponden y se *contradicen*, como una lumbre inesperada, resultado precipitado de un continuo contraste de formas y colores. Es una contrapuesta mezcla de colores, de elementos contradictorios que se resuelven en explosiones furiosas de alegría, de hallazgos felices, subyugados por un firme y robusto talento. Son incontables las decoraciones que ejecutó; entre ellas está "Los elementos subyugados", para la Cámara de Comercio de Cracovia, inserta en estas páginas.

En la reproducción de sus cuadros *Primavera de ensueño*, es una fantasía shakespiriana, de la "Aventura de una noche de verano". Algunos niños y una niña de la campiña polaca se han disfrazado para imitar una ceremonia pontifical, usuales en Polonia en las fiestas de Navidad. Es un rapto de ilusión celestial sorprendido en los rostros infantiles, con un acento más grave en la niña coronada. De sus ricas armonías se desprende un gran encanto de frescura. Es una de las telas bien logradas de ese período de la pintura polaca. En "Los elementos subyugados" el atildamiento decorativo de la *Princesa de Ensueño* pasa de ese cuadro de caballete a la franca y plena decoración de los mitos, que le servirán de trampolín para sus vibrantes armonías. Es un joven gigante desnudo, que en un impulso irrefrenable y sonriente al mismo tiempo, subyuga con los pies y las manos cuatro mujeres: la Tierra, que pisotea, el Agua que una cascada de cabellos se hunde en el brazo, y el Fuego y el Aire, que aferra con la otra mano, por las alas y los vestidos fulgurantes. Parecen los cuatro tiempos de una armonía, sonando al unísono, o las cuatro alas de un molino a viento, movidas por un solo eje.

También fué un retratista insigne y tuvo la fortuna de poder retratar con su pincel las más bellas mujeres de Polonia, y algunos de sus hombres más eminentes. José Mehoffer sabe verlo todo a través de un ángulo decorativo y hasta de un monstruo podría hacer algo noble y grande, — por otra parte, virtud creadora inherente a todos los grandes artistas.

Al fin llegamos a uno de los más jóvenes de esta época, Eugenio Zak, que hace resentir en la pintura polaca las influencias más modernas en boga en París, ya que estuvo residiendo durante largo tiempo en esa capital, y pintó algunos años en Bretaña. Gauguin, Cézanne y los que después se apartaron de la escuela impresionista en un afán de una forma sólida y construída, tienen algo que ver con este rústico violinista, una buena muestra del talento, de este pintor. Tanto es así, que un crítico de entonces, al exponer en la Bienal de Venecia, este mismo *Violinista*, que se reproduce en estas páginas, decía lo siguiente: "Eugenio Zak combina la influencia de la modernísima pintura francesa con un querido estilo medioeval, dos órdenes de ideas justamente fuera de lugar, cuando se trata de retratos bretones, — y no se sabe bien si llamarle ultra-modernista o arcaico."

Y este artista, que se le encasillaba de esta manera, concluyó por enrolarse en lo más avanzado de la pintura francesa actual. Hace poco exponía unas acuarelas en un salón de París, conjuntamente con otro grupo de pintores. La crítica tuvo elogios que le ponían en el lugar que le corresponde.

EUGENIO ZAK. — "Violinista" (Tempera)

Congresos científicos

Parte de la ciencia, en estos últimos años ha sido la enemiga más terrible que tuvo la humanidad en su parte más débil, que es el proletariado mundial. Referirnos solamente a la ciencia oficial, nos parece ocioso, son contados los sabios de hoy que conservan su independencia espiritual. Por un motivo o por otro, los Nicolai, lo que fué en otros tiempos Reclus, Kropotkin y otros, no abundan precisamente en la actualidad. Necesitados de dedicarse a largas investigaciones, los hombres de ciencia aceptan las ayudas de donde vengan. Y como el Estado sigue reteniendo todos los monopolios, los mantiene a ellos para que sirvan sus exclusivos fines. Es así como la moralidad de la ciencia es la de no tener ninguna. Entendámonos sobre la calidad de esta moral. Hoy, que químicos, biólogos, geólogos, etc. son prietamente reaccionarios, y además católicos militantes, no sabemos cómo se las arreglan para poner de acuerdo las hipótesis científicas con el misterio bíblico de la génesis del hombre, hecho con la arcilla que modeló el hosco Geholvá, para que luego pudiera proporcionarle una costilla, a fin de darle una compañera. Un buen católico debe trasegar en silencio semejante patraña, y un hombre que estudió química, biología, etc. deberá sonreírse ante ocurrencia tan infantil. Pero posiblemente esos señores magnates de las academias de ciencias no son ni lo uno ni lo otro. Ni sinceros creyentes ni han profundizado la ciencia que intentan profesar.

"Les Nouvelles Litteraires" (Noticias Literarias) traía un reportaje de Pierre Termier, una grande autoridad (?) en Geología, adscripto a la sección minas, porque al mismo tiempo que la naciente ciencia geológica ensaya rastrear el "vasto poema de la evolución de la tierra", según palabras de ese sabio francés, se ocupa también en menesteres prácticos, descubriendo terrenos donde posiblemente haya yacimientos petrolíferos. De modo que en un altar ofician con la ciencia pura, y en otro con las grandes compañías financieras en armonía con el Estado, para lograr el predominio de los pozos de petróleo. Esta es la más emocionante carrera sembrada de toda suerte de obstáculos, que se ha de dirimir en este siglo, entre las potencias tiburones. Este hombre de ciencia, quien reside en París y pronuncia conferencias ante un público elegante, congregado en el Instituto de Oceanografía, tiene su inopinado ataque de euforia tropical y podría competir en los juegos florales con cualquiera de los mejores poetastros de aquí. Conmemorando el aniversario de la muerte de Eduardo Suess, un ilustre geólogo desaparecido en 1914 en Viena, lo corona con la siguiente letanía fúnebre: "poseía la inteligencia humana, que en su soberbio empuje sobrepasa todas las cimas, planeando más arriba de la creación; sobre la tierra informe y desnuda, sobre las tinieblas que velaban la faz del abismo; por encima de las aguas que *llevan el espíritu del Señor* (?); sobre las noches y los días que nadie contara jamás, donde durante siglos se reposa; sobre los seres que vivieron un momento y se convirtieron en polvo; sobre los tiempos de los cuales nada sabrá el comienzo y el fin".

Sin dejar de ser fieles al traducir las palabras del autor, hemos procurado de conservar el *espíritu* que las anima. ¿No es éste, acaso, el más señalado representante de esa ciencia oficial vacua, pedantesca, siempre al servicio de los negocios turbios? ¿No es también el arquetipo de los pseudo sabios de salón, que mezclan al *Señor* con la ciencia tectónica, o sea la arquitectura de la Tierra en sus conferencias *pour dames?* Ciencia falsaria, del más vasto parasitismo, pronta siempre a defender a los poderosos en contra de todos los conceptos de humanidad.

En un congreso celebrado en Grenoble (Francia), por iniciativa de *L'Association francaise pour l'Avancement des Ciences* — Sociedad francesa para el adelanto de las ciencias — en uno de los discursos inaugurales se pronunciaron estas palabras:

"Hoy, más que nunca, se puede esperar que, gracias al progreso científico, el esfuerzo humano podrá ser disminuido, reduciéndosele a un límite razonable, de modo que el trabajo físico no dañe el desarrollo intelectual y moral. Un gran filósofo de la antigüedad (1), cuyo genio no le impedía sufrir el influjo de los prejuicios de su época, no vaciló en considerar la esclavitud como una institución indispensable al sostenimiento y al progreso de la civilización. Afirmaba, sin el menor asomo de ironía, que cuando la lanzadera del telar funcionase sola, la esclavitud se hubiera podido suprimir. Y bien, hoy que la lanzadera marcha sola, merced al magnífico desenvolvimiento industrial, el cual quedará como una de las más fuertes características del siglo XIX, no obstante ello, la esclavitud no ha sido abolida por completo (2), puesto que en muchos países y naciones existen aún hombres, mujeres y niños sometidos a condiciones de trabajo duras e inhumanas. Es por el progreso incesante de las industrias que, substituyendo más y más el trabajo humano, en la sociedad del mañana permitirá a todos los hombres de colaborar, cada uno por su parte, a una obra de civilización, sin hallarse forzados a descuidar su desenvolvimiento personal. Semejantes esperanzas, ¿no son las más apropiadas para desechar todo escepticismo respecto al porvenir de la humana civilización y aptas a convencernos que, si los hombres cesan en su locura de consagrar sus mejores energías a las empresas de destrucción y muerte, será posible edificar rápidamente una sociedad donde no existirá un solo esclavo y todos los seres podrán tener su completo y libre desarrollo?"

El conferencista, mientras tanto, señala el grave peligro que podría nacer con el perfeccionamiento y la rapidez de ese prodigioso desarrollo industrial.

"¿No es de temer que las energías y los esfuerzos intelectuales, dirigidas hacia las ciencias aplicadas, traigan el desdén por la ciencia pura?

No hay que olvidar tampoco los modestos orígenes de ese espléndido impulso de la industria, del cual el siglo XIX se enorgullece a justo título. Para no citar sino la industria eléctrica, cuya importancia puede evaluarse por cientos de millones, ya se trate de las cifras de los trabajos encargados y los salarios, 00 mejor todavía por la economía realizada por el empleo de las fuerzas naturales, esa industria no hubiese existido, a principios del siglo XIX, sin hombres como Ampére en Francia, y Faraday en Inglaterra, quienes en sus modestos laboratorios descubrieron las leyes que rigen la acción recíproca de las corrientes eléctricas. La explotación, tan importante, de las corrientes alternadas, tampoco existiría si los instrumentos matemáticos necesarios a sus estudio no hubiesen sido imaginados por los matemáticos del siglo XVIII y sistematizados por Couchy en su magnífica teoría de las funciones analíticas de un variable imaginario."

Si hemos extractado las principales partes de esta disertación publicada en una revista francesa, es por lo que sintoniza con las inquietudes que están invadiendo actualmente el campo burgués. En todos los argumentos aducidos por este intelectual hay un desconcierto evidente y una ignorancia absoluta del momento histórico que se está viviendo. Se compadece de los *hombres, las mujeres y los niños* sometidos a *duras e inhumanas condiciones de trabajo*, y finca su única esperanza en la desaparición de la locura guerrera, con su pesada carga de armamentos. Es ya mucho, conseguir la abolición de las guerras, y consecuentemente la supresión de todas las industrias que le son afines. Pero esto, de hecho supone el derrumbe fragoroso de todos los Estados burgueses, y con ellos perecerán su ciencia y sus sabios. De allí, de esas ruinas, podrá salir algo que no será la ciencia de hoy, porque la humanidad, poniendo la proa hacia diversos y opuestos rumbos, quizá ya no la necesitará, o por lo menos lo quequede de ese común patrimonio científico, será aplicado con otras miras de una idealidad más elevada. La ciencia, en su objetividad, debe ser *amoral* en el sentido que no debe participar de ninguna doctrina que la entrave y maniate; pero los hombres que la practican, que la manipulan, ellos sí, deben poseer las más alta moralidad personal, ya que son los depositarios de los destinos de la especie. Hoy existen monstruos que fabrican gases asfixiantes y materias químicas con la expresa finalidad de incendiar comarcas enteras o envenenarlas, y ponen todo su esfuerzo, su energía anímica, para que sus resultados, sus efectos sean más espantosamente devastadores y maten, desarticulen una mayor cantidad de personas; y a esos monstruos se les llama todavía sabios. ¡Sabiduría infernal por su cancerosa egolatría, que necesita un cauterio candente de una revolución libertadora!

Si los faraones usaron miles y miles de esclavos para construir las vastas catacumbas de las pirámides, el crecimiento industrial se tomó para sí millones y millones de parias, de ilotas — mujeres, niños, hombres — consubstanciando con las máquinas para elevar esas pirámides de una producción barata, ordinaria, fea, a veces nociva, que se hundía diariamente para surgir a la siguiente mañana en un continuo trabajo de Sísifo. Por eso se caracterizarán los siglos XIX y XX, por haber encadenado con su arrasador industrialismo a las tres cuartas partes de la humanidad al carro de los apetitos y de las ganancias inmoderadas. Dice Heinrich Mann, el dramaturgo alemán: *nunca llegó tan bajo esa morbosa furia de poseer, como en este período postbélico. Las jóvenes generaciones, así como las más maduras, están poseídas por esta locura: poseer, a toda costa y de cualquier modo.* —At.

---

(1) *Aristóteles — filósofo griego creador de la escolástica, en que se basaron los padres de la Iglesia para negar las teorías científicas de Galileo y etc.*

(2) *Es un eufemismo burgués que, no queriendo conceder el todo, otorga algo.*

ELISEO RECLUS

III

Eliseo Reclus habló casi constantemente en Bélgica, desde 1894 hasta su muerte.

En 1892 la Universidad libre de Bruselas lo había nombrado doctor agregado y le había invitado a ir a dar un curso de geografía comparada. Pero cuando más arde fué cuestión de fijar la fecha de la apertura del curso, el consejo de administración de la Universidad, en su sesión del 30 de diciembre de 1893, decidió postergarla para una fecha indefinida. Era un momento de conflictos agudos provocados por los atentados de propagandistas por el hecho. Los gobiernos burgueses, sobrecogidos de pánico como en todas las crisis, se entregaron al placer de las represalias feroces. En Francia toda la familia Reclús era perseguida porque algunos de sus miembros profesaban ideas anarquistas; en el correo se abrían todas sus cartas (lo que los empleados continuaron haciendo cinco años más tarde, por hábito (auténtico); Pablo, el sobrino de Eliseo, fué condenado bajo la inculpación de haber participado en atentados de que no había tenido jamás conocimiento, y como había tenido la prudencia de huir, se arrestó a su padre, Elías (1 de enero de 1894), a quien se debió poner en libertad en seguida, pues el escándalo sobrepasaba los límites.

Los buenos liberales belgas — siguiendo las tradiciones del país, que consisten en imitar siempre a Francia en lo que tiene de malo — no quisieron ceder en imbecilidad y en conardía a sus hermanos del sur, y la Universidad llamada libre rehusó recibir a Reclus. Ese acto abyecto e idiota por el cual la Universidad llamada libre, que no abundaba precisamente en hombres de valor, se privaba del concurso de uno de los más grandes sabios de Europa, le valió el desprecio de todos los hombres inteligentes y ocasionó una sublevación de la juventud universitaria que, si hubiese sido dirigida más revolucionariamente, habría derribado los dignos sostenes del "libre examen". Pero los jóvenes belgas no están condicionados para tales luchas, y los profesores casi unánimemente se mantuvieron de parte de los amigos del orden. Los estudiantes, después de haber decidido que el curso de Reclús sería organizado bajo sus auspicios, tuvieron la debilidad de declarar que no habían querido ofender al consejo de administración: se dejaron envolver por los artificios jesuíticos de gentes habituadas a la política; en lugar de permanecer en un bloque compacto se dejaron dividir; hubo defecciones en sus filas y así se logró excluir a 18, para hacer un escarmiento, y los demás fueron suavizados. Pero todo lo que había de un poco libre y un poco honesto en el país se manifestó con los expulsados; los jóvenes que no eran por completo secos y estériles sintieron despertar su conciencia y el curso de Reclús tuvo lugar en el local de una de las logias masónicas, en presencia de una multitud enorme.

Entonces se vió a ese hombre a quien se había rechazado como defensor de teorías inmorales y sacrílegas. Su mirada expresaba todas las más altas virtudes que se celebran en el hombre: la bondad, la generosidad, la rectitud, la fe en el ideal sublime. Sobre el rostro aun lleno de fuerza de ese viejo, en sus ojos claros en que la evocación de toda cosa noble y bella hacía pasar centellas, se leía su vida pura, gastada entera en pro de la verdad, su vasta vida de sabio y de pensador en que no había puesto ni para la pasión mezquina ni para un interés estrecho.

Hablaba bien, pero sin artificio, hablaba como un sincero que arrastra el público y llega a los más bellos efectos oratorios por el solo calor de su corazon, por la sola fuerza de sus convicciones. Amaba íntimamente la humanidad, la amaba profundamente, y ese amor se sentía en todas sus palabras y hacía vibrar simpáticamente toda alma receptiva.

Todo lo que moralmente valía algo en Bruselas, aclamó a Reclús. Y en un ímpetu de entusiasmo, se fundó una Universidad nueva y un Instituto de altos estudios, empresa temeraria en un país como Bélgica, en que el interés por las especulaciones más elevadas del espíritu es tan débil. Pero en ese momento se estaba dominado por el entusiasmo: se acababa de producir una rebelión y Reclús estaba allí y comunicaba a todos su ardor, su fe en el triunfo de las ideas justas y generosas. Se aprendió por él a conocer la anarquía, a considerarla con atención, a respetarla como un ideal sublime, a amarla; y aquellos que no abrazaron la idea nueva fueron obligados a menudo a admirarla.

En la juventud hubo una multitud de conversiones: fué un momento admirable; camaradas que se habían perdido de vista algún tiempo, se volvían a encontrar, y después de cambiar las primeras palabras, sentían que existía entre ellos un lazo nuevo, que una creencia común les unía. Y se tenía el celo de los neófitos, se quería luchar, se hablaba de hacer propaganda activa, hasta de ir a la cárcel por defender su fe. Vivieron horas radiosas, pues los jóvenes que fraternizaron entonces sentían desvanecerse las dudas que oscurecían sus almas y despertar todo su ser a una vida nueva.

Muchos años han pasado desde entonces y quedan pocos combatientes de la primera hora: la mayoría han "evolucionado" gradualmente hacia opiniones mejor vistas y más provechosas; otros han quedado "simpatizantes", pero se callan y no hacen nada; esos son los anarquistas platónicos; los pocos que quedan firmes, han experimentado la tristeza de ver alejarse de ellos a quienes habían creído los más resueltos y los más constantes. Pero no importa. Gustan de recordase de esos tiempos de efervescencia en que todos parecían partir de un mismo impulso hacia la conquista del ideal revelado, en que el pequeño ejército de jóvenes de ambos sexos estaba lleno de esperanzas y alegre por los triunfos del porvenir; ven a los antiguos camaradas tales como eran entonces y prefieren ignorar sus figuras de hoy, suponer que no existen ya; se dejan tantos muertos en el camino!

Reclus amaba la juventud por las promesas de porvenir que lleva en sí; como todos los que están más allá de su época, confiaba en la generación creciente. También animaba a los hombres que habían sido impulsados a tomar parte en el movimiento anarquista; si uno de ellos manifestaba ante él la intención de obrar libremente, de entrar en lucha con la sociedad, de difundir con la palabra o el escrito las ideas libertarias, inmediatamente le decía: ¡Hazlo! ¡ponte al trabajo! ¡obra! En su vida, el pensamiento no había sido separado de la acción; hacía sin vergüenza lo que le parecía bueno y útil; no pesaba indefinidamente el pro y el contra antes de tomar una resolución; no se preocupaba de su comodidad y no tenía en cuenta los obstáculos materiales. Y con la confianza fundamental que tenía en los hombres, había sido llevado a creerlos capaces de realizar como él, en la vida, las ideas que manifestaban. Pero la mayoría de los jóvenes acudían a la anarquía por razones de sentimiento; por generosidad juvenil, por descontento del estado social actual, por admiración hacia un hombre como Reclus, por seducción. Muy poco numerosos eran los anarquistas por temperamento, los que tenían en la sangre esa necesidad de libertad y que trataban de documentar sus ideas por un estudio profundo de los fenómenos sociales. A los otros hubiese sido necesario reinfundir constantemente el espíritu anarquista. Reclus les había dado estímulos y consejos, pero no podía sino dejarlos volar con sus propias alas; el anarquismo no es una doctrina que se enseña; no es una religión que responde a todo. Es un conjunto de ideas que se modifican y se perfeccionan continuamente; un sentimiento nuevo de la vida, algo que crece con nosotros y aprovecha de nuestra experiencia, es una creación en la que debemos participar sin cesar.

La concepción amplia y elevada que tenía Reclus de la anarquía nos lo muestra el pasaje siguiente de una carta de 1895: "Respecto a los libros, le diré que no importa estudiarlos para encontrar en ellos argumentos en la discusión. Lo que importa es aprender a fondo, fortificar las convicciones por fuertes estudios, crearse un ideal bien completo que abarque el conjunto de la vida, y vivir conforme a ese ideal en toda la medida de sus fuerzas adaptadas a las posibilidades del ambiente. Estudie, aprenda y no hable nunca de cosas serias más que con gentes de una perfecta sinceridad. Es preciso tener bastante altivez para no prodigar en conversaciones ligeras el tesoro de las convicciones. Por lo demás, si Vd. observa a los que discuten, sin tomar parte en el debate, notará fácilmente que la sinceridad perfecta es rara en ese género de torneos y que habitualmente los interlocutores tratan de llevar a su adversario a una cuestión secundaria, a una pequeña dificultad de detalle. Pueden procurarse así un triunfo aparente, que no significa nada, pero cuyo resultado es absolutamente contrario a la verdad. Hará Vd. bien en desconfiar de esas justas oratorias. Lo que es preciso es asegurar las convicciones y vivir de acuerdo a la propia fe: de esa manera hará la mejor de todas las propagandas.

Los jóvenes se imaginan de buena gana que las cosas pueden cambiar rápidamente, por bruscas revoluciones. No, las transformaciones se hacen con lentitud, y por consiguiente es preciso trabajar con tanta más conciencia, paciencia y abnegación. En el apresuramiento de una revolución inmediata se expone uno por reacción a desesperar cuando se constata el imperio de los prejuicios absurdos y la acción de las malas pasiones. Pero el anarquista consciente no se desespera.. ve el desenvolvimiento de las leyes de la historia y los cambios graduales de la sociedad. Y si no puede obrar sobre el conjunto del mundo más que de una manera infinitesimal, al menos puede obrar sobre sí mismo, trabajar en librarse personalmente de todas las ideas preconcebidas o impuestas y agrupar poco a poco a su alrededor amigos que vivan y obren de la misma manera. Es de prójimo en prójimo, por pequeñas sociedades amantes e inteligentes, como se constituirá la gran sociedad fraternal." Eran admirables consejos, pero no a todos les estaba dado el seguirlos, y en un cuadro tan bello era preciso tener algo que poner.

Lo que llamaba la atención en Reclus la primera vez que se le veía, era su actitud muy sencilla, pero impregnada de una elevada dignidad y de mucha reserva, actitud que era la expresión de una vida irreprochable, de un gran imperio sobre sí mismo y de la voluntad de obrar sobre

otro; por lo demás, era de una extrema cortesía, que no era en él una simple forma de educación, sino el resultado de la deferencia que sentía ante el hombre en general, de su respeto hacia la personalidad humana. No quería hacer sentir su superioridad; trataba a todo el mundo de igual a igual; tenía la modestia de obrar como si su tiempo no hubiese sido precioso; se podía ir a verlo a cualquier hora y se interrumpía en medio de su trabajo para conversar con gentes cuya conversación a menudo debía carecer de todo interés para él. Todo eso era conforme a sus ideas, pero en la práctica esa conducta tenía, más de un inconveniente: muchos jóvenes se comportaron con él de una manera desconsideradamente inverosímil y bajo pretexto de que era anarquista como ellos y un "camarada" como todos los demás, lo trataron sin ninguna consideración y dieron pruebas de una vulgaridad y de una falta de delicadeza que le entristecían. En sus últimos años no sentía gran simpatía hacia esos anarquistas cuya anarquía entera consiste en la desvergüenza del espíritu, en la grosería de las maneras y en un igualitarismo idiota de que se hace eco muy bien su pequeña vanidad que les impide reconocer toda su superioridad en otro.

Era preciso penetrar en su intimidad para sentir lo que había de profundamente humano en él, y apreciar sus cualidades de sentimiento: su bondad, su confianza ingenua, su entusiasmo, su amor, a la naturaleza, su alegría al aprender, todo lo cual le hizo hasta el fin amar la vida e interesarse en los acontecimientos que agitaban el mundo como en las emociones que hacían latir el corazón de los amigos. Aunque su salud hubiese estado fuertemente comprometida en esos últimos años y tuviese crisis cardíacas que le hacían sufrir terriblemente, aunque estuviese cargado de trabajo, — redacción de artículos y de libros, curso en la Universidad nueva, dirección del instituto geográfico que había fundado — no perdía el ánimo y no solamente había conservado confianza en la vida, sino que gozaba de ella plenamente. Como lo dijo en una carta escrita a principio de 1904, cuando se imaginaba con su eterno optimismo, que su hermano Elías había triunfado de la enfermedad que debía abatirlo: "Cada día es una lucha, pero qué importa, si esa lucha se termina por una victoria, si cada día el organismo consigue adaptarse al medio, y hasta sacar provecho de él. La vida es buena, puesto que se aprende, puesto que se renueva y sobre todo puesto que se ama. Soy feliz al detener de tanto en tanto mi pensamiento sobre aquellos a quienes amo. Es inútil que piense de una manera consciente en ellos; están allí, me ilustran y me regocijan, iluminan mi ser como un faro que esclarece todo el horizonte. No existe nueva política, hecho nuevo en geografía, en historia, en ciencia general que no adquiera un interés más alto para mí porque están allí los amigos y porque mi alegría será su alegría. El afecto es un eterno reparto."

Los últimos acontecimientos que agitaron a Rusia lo conmovieron profundamente. Sintió un entusiasmo enorme ante la idea de ese "grandioso drama de Rusia que avanza de rodillas hacia su emperador, que después se pone en pié, hace saltar sus consejeros y se prepara a hacerlo saltar a él también, esa alianza de todas las clases y de todos los pueblos del imperio en un mismo ímpetu, esa sencillez maravillosa en el abandono individual de la existencia, esa solidaridad en la abnegación, y después, allá abajo, como fondo, en las nieves y las brumas de la Mandchuria, esos dos ejércitos que se matan mutuamente y que no desean sino reconciliarse."

¡Qué calor en esas líneas, qué juventud! ¿Quién diría al leerlas que es un viejo, un hombre amenazado por la muerte el que las escribió?

En otra parte es su amor a la naturaleza el que se manifiesta; al regresar de su viaje al Jura, que hizo aún durante el verano de 1903, escribe: "A pesar de las lluvias frecuentes y de las tempestades, he podido marchar gallardamente y hacerme buena sangre de otro modo que por la risa, por la buena comunión con el cielo, las nubes, los espinos y el cesped." Y un año más tarde: "Aprecio siempre poderosa e íntimamente el buen calor del sol, el rumor del follaje, el soplo del viento, la noble sonoridad de un verso hermoso y sobre todo la acariciante penetración de una palabra amiga". Amor a la naturaleza, amor a la vida, amor al hombre, todo eso era para él una sola y misma cosa, y era por el amor al hombre por lo que se manifestaba más a menudo, amor no teórico, sino activo, real, sensible para todos. "El desprecio de los hombres no lo he tenido jamás, aun cuando el exceso de joven virilidad me había llenado de despreocupación La embriaguez causada por las mil lecturas e impresiones entremezcladas me ha hecho a menudo desbarrar, hasta ha podido desmoralizarme en apariencia, pero en apariencia sólo; las oscilaciones diversas me vuelven siempre al centro de gravedad que es "el violento amor a los hombres". En cuanto a las primeras páginas de mi *Histoire d'une montagne*, me pregunto si en el fondo del fondo no ha sido una falta, una ausencia de sinceridad. En tanto que me recuerdo, estaba entonces en la cárcel, y además sentía alrededor mío el muro espeso del odio, de la aversión del mundo entero contra la Comuna y los comunalistas. Quizás me he hecho inflexible y ese movimiento ha combatido mi verdadera naturaleza."

Así, al fin de su vida, se reprochaba casi uno de sus movimientos de amargura, — movimiento bien justificado, sin embargo, por las circunstancias — que tuvo contra los hombres. Los hombres habían debido abrumarlo con sufrimientos, para que llegase a eso, y les bastaba darle muy poco para que les estuviese reconocido: "Pido al que hace libros, que me dé una página, sino una línea, sino una palabra útil, y si me da esa palabra soy yo el que le debo gratitud, a pesar de los pantanos en que estuve a punto de caer." No pedía más que aprender, conocer el mundo y conocerse a sí mismo: era sincero ante él como ante los demás y hasta el fin fué perseguido por el deseo de perfeccionarse: "He tenido, tengo aún mis defectos y mis debilidades, pero tengo también mis amistades sinceras, mis altos deseos, mi ideal interior; trabajo siempre en la escultura de mi efigie del héroe que sueño y que es mi mejor yo". Admirable palabra de parte de un hombre que era tan superior ya a la inmensa mayoría de los hombres, palabra que resume mejor que nada las aspiraciones de todos los verdaderos anarquistas hacia un ideal de perfección moral del cual la sociedad que sueñan sería la realización viviente.

Reclus, ese bueno, ese sincero, ese honesto, que se nos aparece como un representante de esa humanidad mejor que soñamos, habría debido, parece, inspirar respeto a todos. Y sin embargo — lo digo para deshonra de la humanidad presente, — se encontraron en todo momento seres bastante bajos para abusar de su confianza, para engañarlo, para explotarle haciéndole relatos fantásticos, de los cuales su espíritu, a quien la mentira y la simulación eran extrañas, no desconfiaba. No se irritaba si descubría el fraude; experimentaba a lo sumo un poco de tristeza, se prometía precaverse un poco más, y en la primera ocasión se dejaba caer de nuevo por temor a no ayudar a alguien que hubiese necesitado realmente ayuda.

Los diez últimos años de su vida no fueron menos laboriosos que el resto. En la Universidad nueva daba sus lecciones, dirigía los trabajos de sus alumnos, y más tarde, cuando se fundó el Instituto geográfico, se convirtió en el alma de él. A pesar de su salud tambaleante a menudo, iba a dar conferencias de una parte a otra, a Amberes, a Charleroi, a Londres, a Edimburgo. Escribía estudios en una multitud de revistas, tanto sobre cuestiones de geografía como sobre cuestiones sociales. En 1895, concibió el proyecto de un globo terrestre al cien-milésimo: ese globo estuvo a punto de convertirse en la clave de la exposición de París de 1900 y la empresa no fracasó más que por la mala voluntad de los capitalistas que no vieron en el asunto una fuente de beneficios suficientes. Al mismo tiempo no cesó de trabajar en la gran obra que debía formar la conclusión de los trabajos de su vida, la coronación de toda su obra. A fines de 1903 la obra estaba terminada; pero su eterno deseo de perfeccionar lo que hacía, le impidió estar satisfecho. En los primeros días de 1904, escribe: "He acabado mi libro, pero puesto que está acabado es preciso volverlo a comenzar, es decir, corregirlo, completarlo, prever la crítica de los amigos y conformarse con su opinión. Es el trabajo que hago en este momento, sin esperar tener en todo ese fárrago de 4.500 páginas un solo párrafo de un estilo tan firme, tan claro, tan puramente objetivo como ese de que me envió un extracto (se trataba de un pasaje de Maquiavelo), pero quizás sentirá allí, cuando me lea, un poco más de ternura humana, y eso no es de desdeñar."

Luego comenzaron para Reclus los hastíos que la publicación de un libro considerable ocasiona a menudo. Parecería que los editores hubiesen debido disputarse el favor de publicar la obra de un hombre tan universalmente conocido. No fué así. Hachette, que había ganado sumas considerables con la publicación de la Geografía Universal, no quiso imprimir El Hombre y la Tierra, que es su conclusión, bajo el pretexto de que esa conclusión era anarquista. Reclus tuvo un editor en Londres antes de tener uno en París. Y no es sino el 15 de abril de 1905 cuando empezó a aparecer la edición francesa. Pero la puesta en marcha de la publicación era más bien una fuente de hastío que de placer para Reclus. El carácter puramente industrial y comercial que reviste hoy un trabajo semejante, le chocaba. El mes de marzo del mismo año, escribió: "En cuanto a mi libro, no me causa ningún placer; para que me interesara sería preciso que me sintiese vivir con el regente de la imprenta, con el compositor, con los correctores, que cada día tuviese su pequeña conflicto, su pequeña discusión, pero el trabajo se hace industrialmente, por decirlo así, yo no significo nada."

Sería preciso hablar largamente de un hombre semejante, y evocar a menudo su memoria. Felizmente, ahí están sus libros, que hablarán de él mejor que yo: se vuelve a encontrarlo en ellos, sino totalmente, como era en la intimidad, con sus laisez-faire y la fineza de sus sentimientos, al menos en los rasgos esenciales de su carácter. Porque no era de esos sabios (de que la Alemania moderna nos ofrece tipos acabados) que no tienen otro ideal que la objetividad, y no son apenas sino máquinas para estudiar hechos y distribuirlos en los casilleros según métodos invariables. De todas las páginas escritas por Reclus desborda su simpatía humana y en todas partes su pensamiento madre se hace sentir, su ideal se hace transparente en todas partes. No ha consagrado más que un número muy restringido de escritos a la exposición directa de las ideas anarquistas. También es menos conocido por la mayoría de los anarquistas que los autores que han publicado sobre todo libros de propaganda. Y no es justo: porque el anarquismo es en verdad menos un conjunto de ideas sociales que una actitud general del espíritu, una manera especial de encarar todos los fenómenos humanos, una concepción de la vida que reacciona sobre nuestra voluntad lo mismo que sobre nuestras representaciones. Y considerado así, debe necesariamente ser aplicado al estudio de todas las ramas del saber.

La influencia de Eliseo Reclus continuará ejerciéndose largo tiempo aún por una doble vía: por su obra que hará reflexionar a los espíritus serios y convencerá de la verdad de las ideas anarquistas a los que sean sinceros y estén exentos de prejuicios; por el ejemplo de su vida, que mostrará a qué grado de evolución moral, desconocida de todos los defensores de la religión y del "orden" puede llegar un hombre que no reconoce ni dioses ni leyes ni amos. Para nosotros, que hemos, desde hace mucho tiempo, adoptado esas ideas — cuyo origen remonta por lo demás al Renacimiento — es su vida sobre todo en la que debemos inspirarnos: como él debemos esforzarnos por no separar la teoría de la práctica, ser nosotros mismos el testimonio vivo de nuestras ideas, trabajar sin cesar en perfeccionarnos interiormente. Es así como honraremos más dignamente su memoria. Eliseo Reclus vive entre nosotros y en nosotros, su pensamiento continúa obrando y es una de las mil fuerzas que actúan en la transformación del viejo mundo.

JACQUES MESNIL

1905.

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(*Continuación*)

ESCENA V.

(*Dichos y Justa*)

(*Justa aparece por el portalón. Es bella y va elegantemente vestida. Sube al vestíbulo, alarga la mano a Saturnino que, inclinándose, la besa*).

Eulalia (*A Justa*). —Siéntate, hija; y escucha; te tenemos una noticia verdaderamente... algo...

(*Se sientan Justa y Saturnino*)

Saturnino. (*Impetuoso*) —Monstruosa, repugnante!

Justa. —Oh, Saturnino, me asusta.

Eulalia. —Es que la indignación lo ahoga, no puede sofrenarla.

Justa. —Hablen ustedes, no puedo más de curiosidad.

Eulalia. —Bien. Se trata... se trata del doctor Piedrabuela. Estuvo hoy, ¿sabes a qué, te puedes imaginar a qué estuvo aquí ese indigno?

Saturnino. (*Estruendoso*) —Ese usurero, ese reptil!

Justa. —Saturnino, no hable así de un amigo de mi padre.

Eulalia. —¿Sabes a qué estuvo? Ni imaginártelo puedes. ¡Estuvo a pedir tu mano, quiere casarse contigo, hija!

Justa. —¿Qué?

Saturnino. —¡Que quiere casarse con usted, esa alimaña de viejo momia!

Justa. —¿Conmigo? ¡Tiene gracia el doctor!

Eulalia. —¿No te indigna?

Justa. —¿Indignar? ¡no!

Eulalia. —Yo creí que te morirías del sofocón.

Saturnino. —Pero se da una idea de la pretensión de ese... de ese...

Justa. —Suprima los adjetivos, son poco sociables.

Eulalia. —¿Y no sabes aún lo más espantoso?

Justa. —¿Hay más aún?

Eulalia. —Tu padre apoya al doctor!

Justa. —¡Papá? Ja, ja, ja! ¡Qué humorista es papá!

Saturnino. —¿Qué me dice usted? Parece mentira que el señor Rosarondo!...

Justa. —Qué ha de parecer mentira, por el contrario, lo encuentro muy lógico...

Eulalia. (*Con espanto*) —¿Qué, qué dices?

Justa. (*Serena y burlona*) —Pero mamá, tú siempre con ese geniazo. Que encuentro muy lógico a papá.

Saturnino. —¿Por qué, señorita?

Justa. —¿Usted tampoco me ha comprendido? Digo que papá es un hombre de negocios exclusivamente y antes de padre es...

Saturnino. —¿Hombre de negocios?

Justa. —Así es.

Eulalia. —¡Pero un hombre de negocios indigno, un canalla que quiere negociar con el porvenir y la felicidad de la hija!

Justa. (*Reconviniéndola*) —Mamá!

Eulalia. —Tú eres demasiado buena, hija; tu juventud te hace explicar actos que sólo merecen condenación. Ah, hijita, hijita, muchas desazones te aguarda ese candor tuyo! (*La atrae y cariñosamente la besa.*)

Saturnino. —Sí, Justa, es usted demasiado buena. Su papá no tiene justificación.

Justa. —Pero si yo no justifico su conducta, yo me la explico, eso es todo; la comprendo.

Saturnino. —Sí, pero esa comprensión es una prueba más de su bondad, Justa.

Eulalia. —Ay, hija, hija, cuántas desilusiones te esperan, cuántas!

Saturnino. —Verdaderamente, esa inocencia suya la hará sufrir mucho, mucho!

Justa. (*Melindrosa*) —Cállense ustedes!...

Eulalia. —Sí, callemos. Es preciso concluir, debemos tener una explicación terminante. Tú misma, Justa, debes pedir a tu padre que no permita más la entrada del doctor a esta casa. Y ahora, Saturnino, te ruego nos deje solas; usted comprenderá, mi esposo puede venir, y debemos tener una explicación enojosa...

Saturnino. (*Levantándose*) —Tiene usted razón, señora, las dejo. (*A Eulalia*) Muy buenas tardes, Justa... (*La besa la mano*).

Eulalia. —Buenas tardes.

Justa. —Adiós, Tobal.

Saturnino. —Espero que me tendrán al corriente de cuanto ocurra.

Eulalia. — Pierda usted cuidado.

Saturnino. —Buenas tardes.

Eulalia y Justa. —Buenas tardes. Adiós.

(*Saturnino se retira, desde el portalón se da vuelta y saluda con la mano. Eulalia le responde. Justa permanece ceñuda, casi hosca.*)

ESCENA VI

(*Eulalia y Justa*)

Eulalia. —¡Qué joven tan simpático; qué pureza de sus sentimientos! ¡Cómo te ama! ¡Vieras su indignación!... ¿Pero qué tienes tú? ¡Estás rara!

Justa. —Mamá, escúchame, te pido reflexión y, sobre todo, serenidad; debo decirte algo que te causará asombro.

Eulalia. —¿Asombro? Habla.

Justa. (*Calmosa*) —Estoy dispuesta a casarme con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. (*Se incorpora con espanto y cólera*) —¡Justa!

Justa. (*Sonriente, fría*) —Te he pedido serenidad, reflexión.

Eulalia. (*Que se ahoga*) —¿Qué dices, Justa? ¿Qué dices?

Justa. (*De pié*) —Si piensas hacer un escándalo, me voy.

Eulalia. —¿Qué decías de Piedrabuela?

Justa. (*Segura de sí*) —Que estoy resuelta a casarme con él.

Eulalia. —A casarte con él! con ese viejo indigno!

Justa. —Sí.

Eulalia. —¡Pero Justa, estás loca?

Justa. —No, mamá, bien cuerda que estoy.

Eulalia. (*Implorante*) —Pero reflexiona, hija mía, reflexiona, hija querida, reflexiona lo que haces!

Justa. —Por reflexión doy este paso, mamá.

Eulalia. —¿Pero tú no puedes amar a ese viejo!

Justa. —Claro está que no lo amo.

Eulalia. —¿Entonces te casas por interés puramente?

Justa. —Tonto sería el negártelo. Ya sabes que el doctor es una bolsa de huesos repleta de oro.

Eulalia. (*Explotando*) —¡Cínica, cínica como tu padre! ¡Tú eres también una cínica! ¡Y a tu edad! ¡Eres más detestable todavía, más... Me repugnas!

Justa. —Serénate, mamá, no des espectáculos a la servidumbre.

Eulalia. —Es que no puedo contenerme, es que me ahogo de indignación, es que he engendrado una víbora! ¡víbora, eres una víbora!...

Justa. —Me voy a retirar si continúas; así no nos entenderemos. Escúchame.

(*Eulalia se desploma sobre un sillón, gimotea ruidosamente. Justa la contempla impasible con un dejo desdeñoso.*)

Eulalia. (*A los cielos en ademán de súplica y desesperación*) —¡Dios, Dios mío, qué desgraciada soy, qué desgraciada!

Justa. —¿Quieres tomar algo para los nervios, bromuro acaso?

Eulalia. —¡No, no... Qué desgracia, qué desgracia la mía! (*Llora*). (*Pausa*).

Justa. —Escúchame. ¿Crees que podremos seguir muchos meses del modo que seguimos? Papá está arruinado, lo sé muy bien.

Eulalia. —¡Qué me importa! ¿Pero tú vas a sacrificar tu amor por él? ¿Y Saturnino?

Justa. —Saturnino es un mozo inteligente, comprenderá mi determinación.

Eulalia. —¡Es capaz de matarte, te ama con locura!

Justa. —Esas son tonterías, mamá, romanticismo! Los hombres cultos de hoy no aman hasta matar. La tragedia ha quedado para los analfabetos, hoy los conflictos entre la gente de sociedad sólo dan tema para una comedia... cómica.

Eulalia. —Me espantas, te lo aseguro, hablas con un excepticismo de viejo; parece que tuvieras setenta años de experiencia.

Justa. —Las personas de mi temperamento heredan la experiencia, yo he heredado la de mis abuelos y la de papá. En tanto tú... eres una chiquilla, mamá.

Eulalia. —¿Pero tú te sacrificas por salvarnos?

Justa. —¿No ves que eres ingenua como una chica? Yo no me sacrifico por nadie, yo estoy harta de estrecheces y de simulaciones, yo no he nacido para vivir en esta terrible miseria dorada en que vivimos, yo quiero llevar joyas y que esas joyas no sean falsas; yo no quiero ir de sedas y en automóvil con lacayo, y no haber comido! (*Con energía*) ¡Soy capaz de todo con tal de no ser pobre, escúchalo bien: de todo!

Eulalia. —¿Qué quieres decir con eso: *de todo?*

Justa. —Yo me entiendo. Por ahora me caso con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. (*Fogosa*) —¡Jamás!

Justa. —¿Cómo jamás, es que aun no estás convencida?

Eulalia. —¿Convencida? Nunca me convenceré. Yo no puedo permitir ese crimen.

Justa. —No es crimen, mamá, es un capricho; ¿quién te dice que no llegue a enamorarme del doctor?

Eulalia. —¡Calla! ¡Me hielas, me horrorizas!

Justa. —Es que eres demasiado sensible, mamá, demasiado sensible y demasiado... honrada.

Eulalia. —¿Cómo demasiado honrada? ¿Qué es eso?

Justa. —Aunque te lo explicase no lo entenderías, tal vez sea eso muy complejo y tú siempre andes en línea recta.

Eulalia. —Y en línea recta hay que vivir.

Justa. —No, mamá, la vida es una línea curva muy complicada; es un laberinto de curvas. La habilidad está en saltar de una en otra, hasta dar con la que nos conviene. Yo hasta ahora he seguido la curva de papá, no me conviene y salto a la del doctor, eso es todo.

Eulalia. (*Otra vez arrebatada*) —Nunca! nunca! No lo permitiré! Tú no te casarás con ese viejo infame!

Justa. (*Serena; pero segura*) —Yo me casaré con el doctor Piedrabuela.

Eulalia. —¿Me desobedeces, hija?

Justa. —¡Te desobedezco, mamá!

(*Eulalia, en medio de una espasmódica desesperación, gimotea, llora. Justa hace un gesto despectivo y va a retirarse*).

Eulalia. (*Yendo hacia ella, implorándola*) —¡Justa, hija querida, por favor, por favor, (*se abraza a ella*) ten compasión de tu madre, no me atormentes, te lo pido de rodillas. (*Va a arrodillarse. Justa se lo impide*) Por favor, tenme lástima! (*Queda abrazada a ella y llora. Justa tiene un marcado gesto de disgusto y desdén. Pausa*) Respóndeme, hija mía, dime que no te casas, dime, ¿eh, me lo dices?

Justa. —Siéntate, mamá. (*La sienta*) ¿Tú crees que no he meditado largamente acerca del paso que voy a cometer? ¿Tú crees que por tus escrúpulos candorosos voy a dejar de hacer lo que he premeditado y medido tan largamente?

Eulalia. —¿Entonces tú sabías?...

Justa. —Hace tiempo que el doctor me hace la corte. Bah, si lo sabía! Si hasta te diré que yo lo he alentado...

Eulalia. —Hija!

Justa. —Conque ya ves, mamá, estoy dispuesta a afrontar todo, inútilmente es que llores y me pidas o que grites y me amenaces. Yo me casaré con el doctor Piedrabuela. (*Se va a retirar*).

Eulalia. (*Iracunda*) —¡Tú no te casarás, no!

Justa. (*Con reconcentrada cólera*) —¡Me casaré! (*Desaparece*)

(*Eulalia se desploma en un sillón, abatida, llora largamente...*) (*Pausa*)

(*Continuará*)

LA PAZ DE ELLOS

Se necesitaron varios años y, más que el factor tiempo, la precipitada avalancha de los acontecimientos, casi todos desfavorables a la política internacional de los vencedores, para que la evacuación de la cabeza de puente de Colonia se produjese.

No son razones sentimentales las que provocaron ese hecho, aunque los políticos las invoquen, como un taparrabo sobre el impudor de sus no muy limpios intereses. El giro de las circunstancias está reivindicando en cierta manera a Alemania. Ese mentado ostracismo, con el cual la amenazara Clemenceau y Lloyd George, no pudo ponerse en práctica, como su férrea letra lo hubiese exigido. La vida, a veces, se mofa de muchas pretensiones absurdas y ridículas de personajes, quienes en un día se crecieron tanto hasta creer que, con sus tallas, llenarían la historia. Esas fieras actitudes condenatorias resultan risibles en la mayoría de las veces.

El quebranto de las finanzas europeas, por no decir mundiales; el tardo paso para lograr la reposición de las antiguas reservas que poseían los pueblos antes de la guerra, y la insumisión de las razas de color, pudo apresurar el fin de la sentencia dictada por el Consejo de los Cinco en la Sala de los Espejos de Versalles. Según el encanecido Tigre francés, Alemania, como nación culpable, debería quedar al margen del derecho de gentes por largos años. Si esta fórmula no fué tan explícita como la nuestra, en sí, era lo mismo por el esclavizador encadenamiento a que se la había sometido, con las numerosas cláusulas restrictivas y las cuantiosas exacciones extorsionadas en forma de pagos en especies y en metálico. De esta angustiosa y aflictiva situación, el martirio lo padeció el proletariado alemán, y con más pesadumbre el de condición más humilde. A fuerza de soportar privaciones las familias obreras durante meses y años, el raquitismo, la variada serie de enfermedades y la desnutrición hizo presa en la infancia de los suburbios. Y en tanto una porción bastante grande del pueblo alemán enflaquecía inverosimilmente, otra menos numerosa se enriquecía también fantásticamente. Nunca el contraste fué más chocante y agudo. De un lado los espectros fantasmales del hambre; del otro el lujo insolente y el despilfarro criminal en la compra de placeres y vicios refinados hasta la degeneración. La moral del mamuth fué reeditada.

Si Alemania sufrió indeciblemente como pueblo y en su parte más desheredada, como nación siguió su engorde progresivo de ganado a establo, no obstante su chicana continua acerca de su pobreza. Los que, siendo abastecedores durante la guerra, acumularon millones de millones; después de ésta fueron los que, colocándose diferentes caretas, continuaron realizando los más pingües negocios. El industrialismo logró su máximo poderío, y sus magnates pudieron hacerse construir castillos en Suiza y otros deliciosos países de recreo a fin de escamotear sus fortunas a los impuestos y ponerlas a salvo de un posible revés. No dudamos que fué un patriotismo suculento y bien entendido. Mientras en Suiza, de ordinario, los turistas ingleses se registraban en la estadística en número de 3.000, los alemanes ascendían a la cifra de 370.000. No poseemos las cifras de Italia, predilecto lugar de placer para los teutones; pero podemos arriesgar la afirmación que el número de turistas no debe haber sido inferior a los de Suiza.

En todos los períodos turbios de la historia de la humanidad, y cuando la especulación subió de punto y llegó al paroxismo, las aves de rapiña y las bestias carniceras se desplomaban, se abalanzaban sobre sus hermanos los caídos, los extenuados, para sorberles toda energía, explotándola en el imperioso nombre de la ley del más fuerte. Y jamás esta antropófaga brega se presentó en la desnudez de su cinismo, como en Alemania; lo que con diferentes graduaciones sucedió y sucede en todas partes. Si allí adquirió estos aspectos francamente repulsivos, anotados por un hombre de gran renombre. Heinrich Mann, dramaturgo alemán, fué por casualidades especialísimas de la situación del ambiente alemán y por la psicología de esa nación, que nunca se avino a creerse vencida y rechazaba furiosamente su parte de dolor moral. De ahí el desquite de sus hombres más adinerados, encenagándose hasta el cuello en los goces materiales.

La desocupación del territorio de Colonia, por parte de las tropas inglesas, y la diminución de los efectivos franceses, plantea, simultáneamente, el problema, casi resuelto, del ingreso de Alemania en la Liga de las Naciones. Esa corporación sentía la urgencia de sentar a la mesa de las deliberaciones, la nación vencida de más poderío. El hecho que estuviesen en su seno Austria, Bulgaria, países de reducida y mínima expresión, no servía al caso. La presencia de Alemania, además de otras cosas, daría una verosimilitud de justicia a sus fallos futuros.

A este acto se le quiere otorgar efectos y resultados de repercusiones mundiales. Con ello se pronostica un dilatado período de paz europea. Aunque dudosa de realizarse semejante profecía, enunciada por los sólitos engañabobos, ¿qué profundas significaciones trae en sí esa anhelada paz, sino las de perpetuar el *statu quo*, de las sucesivas etapas de denigrante miseria y de devastadora riqueza? Esas actuaciones del mundo oficial poco tienen que ver con la parte más grande de la humanidad; y es el inmenso núcleo de trabajadores de todas clases, los verdaderos Atlantes que llevan a cuestas esta gigantesca gusanera de barro y agua. ¿Cuál consideración se les da a esas grandes cantidades de hombres por parte de los administradores de la felicidad universal? Se les toma en cuenta como siervos o como soldados; matarifes o ganado de tiro. Y esta es la paz de ellos; sobre tales bases están edificando el suntuoso palacio que albergará la simbólica paloma, como la preciosa arca de los antiguos hebreos.

Supóngase que esta nueva era de pacificación, confeccionada expresamente por ellos, y a medida de sus voraces deseos, se podrá cumplir al pié de la letra. ¿En qué condiciones Alemania formará parte del Consejo de la Liga? Después de haber firmado, en el pacto de Locarno comprometiéndose a no intentar el recobro de los territorios que le fueron quitados por el tratado de Versalles; por este infame documento le toca abandonar millones de alemanes bajo la férula de leyes extranjeras; al mismo tiempo, las generaciones futuras están gravadas por el peso de hipoteca en vigencia durante largos años; su ejército reducido a un estrecho límite en número y armamento, mientras el de sus vecinos aumenta en progresión geométrica; su flota yace en el fondo de los mares y su marina mercante a merced de las flotas de los conquistadores, que crecen en número y en poderío; sus industrias, obligadas en una espera forzosa, contemplando cómo sus competidoras se reparten la materia prima en el mundo, para que a las cansadas le toquen algunas sobras. ¿Es posible que soportando todas esas humillantes circunstancias, Alemania se avenga en eterno a los ensueños de paz y fraternidad con los que sus enemigos le quieren cargar en cuenta en su libro de debe y haber?

Parece que en vez de un largo período de paz europea, es sólo una larga preparación a nuevas guerras.

Y el día, problemático, que las potencias mayores se dediquen a reducir sus armamentos, jamás se pondrán al nivel de Alemania, y si lo harán será por su propia conveniencia y en vista de aligerar sus presupuestos de guerra y marina, a fin de competir con ella en los mercados mundiales.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $